

DESTINO

POLITICA DE UNIDAD

Núm. 344 - Barcelona, 19 febrero de 1944 - 1 pta.
SEGUNDA EPOCA — AÑO VIII
REDAC. Y ADMIN.: PELAYO, 28, PRAL. 1.º TELF. 11482

DE CERBERE A PORTBOU

por IGNACIO AGUSTÍ

ENTRE la nueva Europa continental y nuestro suelo, median quinientos metros de túnel oscurísimo. El túnel de Cerbère a Portbou, que tiene la dimensión de un suspiro — y entiéndase eso ahora en su sentido literal —, es un espacio de neutralidad estricta entre dos tramontanas. La tramontana del lado de Francia llevóse tiempo ha los monóculos de todos los altos oficiales de la Wermacht. La de nuestro lado se lleva las palabras de la boca. No es posible entenderse con nadie, una vez llegado a Portbou, al otro lado del túnel. Se vocifera, se grita; el viajero se desgañita, pero la gente ¡ay! no le entiende.

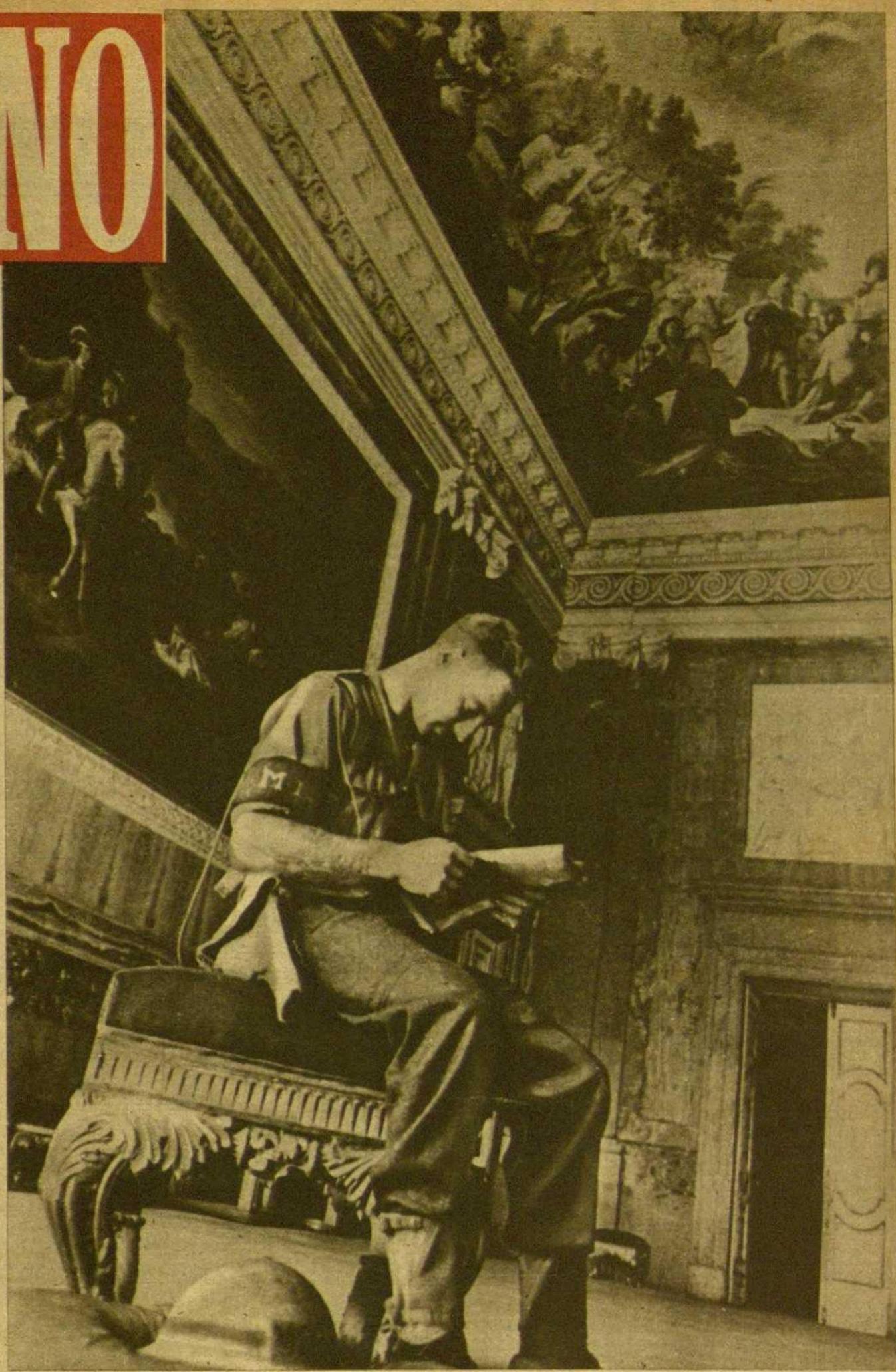
La neutralidad más estricta y oscura son esos quinientos metros. ¿Dónde la hallaríamos mejor? Viniendo de Europa, quinientos metros, recorridos en la oscuridad — sólo brilla el alfilerazo de fuego del pitillo de mi compañero de compartimiento al que, víctima aún de mis propios recelos, vigilo evolucionar, de la rodilla a la boca, de la boca al brazo del botón — son suficientes, para la comprobación de ciertas conclusiones. En este espacio de «tierra de nadie» apto para nuestra absoluta individualización, el pensamiento discurre con soberbia, se cree soberano e inmune. Quinientos metros de Cerbère a Portbou, son suficientes para enfrentar en sus casillas a las tres fuerzas políticas que se disputan el poder: Alemania, anglosajones y Rusia. (Léase: «Pavelitch, Pedro II y Tito». «Laval, Giraud-De Gaulle, De Gaulle-Marty». «Mussolini, Víctor Manuel, Scorza». La cosa está planteada en los mismos términos que en el año 1930: fascismo, liberalismo y comunismo.)

La guerra, pues, no aportará a la solución del problema más que un vencido. Con él caerán inexorablemente los que hubieran sido sus partidarios. Dos, pues, serán las fuerzas vencedoras. Incluso una victoria alemana vendría como consecuencia de una alianza con uno de los dos bandos que se enfrentan ahora contra ella. Esta simple comprobación nos da idea de que los pueblos no pueden correr solos el camino de su política y que el caballo de batalla anglosajón en la política internacional, acertado o no en sus realizaciones prácticas, no era desacerado en sus principios. El mundo precisa un «statu quo», las ententes cordiales.

En el interior, todos se esfuerzan en no perder su flexibilidad, en no perder la línea. Las inmensas ventajillas que se toman los Estados liberales en punto a su reserva interior les sitúan en condiciones de privilegio para cualquier evolución que se indicara indispensable. Sólo Stalin entre los dictadores es capaz de afirmar hoy lo que ayer negara, sin que su «fregolismo» mine, al parecer, su prestigio. Ello se debe a la constitución especial del Estado ruso y, sobre todo, al hecho de que éste sea uno de los principales actores de la lucha anglosajona. Los liberalismos, en cambio, con su acerada socarronería política, pueden substituir, cuando les plazca, al hombre que ya no sea apto para afirmar la palabra puntual por haber hipotecado su pensamiento con anteriores afirmaciones. En las democracias el hombre substituído pasa a la reserva, para el momento, si llega, en que fuera preciso, de nuevo, hacer entender su voz, vehículo de sus ideas, que no pueden cambiar públicamente sin encanallarle.

De Cerbère a Portbou. Recuerdo con tranquilidad las siete maletas que se me quedaron por los caminos de hierro — ¿hay ahora caminos que no sean de hierro? —, de Francia. Me imagino la cara que pondrán mis amigos. ¿Es aconsejable viajar en estos tiempos con siete maletas? ¿Es, siquiera, aconsejable viajar? Señores, es aconsejable viajar. Es aconsejable, incluso, viajar con siete maletas. Es aconsejable, frente a los visados, a los recelos, a las máquinas infernales, a la sistemática simulación, una normalidad turística de procedimientos; afortunadamente tuve la precaución de llevar mis ideas, no muy vistosas, pero mías, como las llevo desde hace ya algunos años: conmigo.

Pero esa tramontana de Portbou se me lleva ahora las palabras...



Las cúpulas de las catedrales retiemblan bajo los bombardeos; las famosas villas de la campiña romana caen a cañonazos; botas claveteadas huellan los mosaicos comatescos: la guerra ha irrumpido en donde cada casa, cada piedra y el propio paisaje rinden culto al Arte. Sin embargo, pareja a la destrucción, la presencia de cientos de miles de hombres de otras latitudes hace que se difunda ese mismo arte amenazado. Así, en el fastuoso palacio de Carlos III, en Caserta, los jóvenes soldados descansan de las fatigas de la guerra



Véase, en la página de Arte y Letras, el artículo de AZORÍN, "Algo sobre poesía"; los reportajes, "La música ligera, sus autores y sus secretos", por MIGUEL DEL PUERTO, y "Entre la vida y la muerte", por AUSTRAL, además, "Theodore Fontane", por NÉSTOR

LUJÁN y la conclusión del cuento de JOSE L. DE VILALLONGA, "Maria de la Soledad"; ilustrado por J. M. PRIM

Véase, asimismo, la interesante página de **Nuestro Hogar** que contiene información y consejos para la mujer

5 minutos con...

A punto de comenzar su conferencia, Mr. Christopher Howard, director del Instituto Británico en Barcelona, cambia breves impresiones con nosotros. La tribuna de la Asociación Nacional de Estudiantes de Idiomas Extranjeros (ex London Club), en una serie de excelentes actos, se ha honrado con otra palabra valiosa: la de este profesor de Historia en la Universidad de Londres, a quien los azares de la guerra han traído a nuestra ciudad después de tres años de intensa actividad cultural en la capital de España.



Christopher Howard

Mr. Howard es inglés por los cuatro costados. Esto puede ser un tópico periodístico. Un clisé de fácil colocación para comenzar cualquier reseña. Pero es lo conveniente cuando uno se encuentra ante los ojos claros, la sonrisa franca, las puntas de ironía que pone Mr. Howard hasta cuando diserta sobre las más graves disciplinas históricas. Porque esto es evidente: entre las infinitas ideas que en bandadas suelta el joven profesor, siempre flota un suave sentido del humor que sigue las mejores tradiciones.

—Ha sido un éxito la apertura en Barcelona del Instituto Británico. La matrícula para la enseñanza del inglés se ha cubierto por completo. Hemos visto con satisfacción que existen núcleos muy importantes preocupados por nuestra literatura, por nuestras costumbres, por nuestra historia.

Mr. Howard prepara, en la actualidad, una Exposición del Libro Inglés que tendrá lugar, seguramente, en el próximo mes de abril. Los trabajos de selección de material se hallan muy adelantados.

—Espero recibir ejemplares muy curiosos. Ediciones de bibliófilo. Unos y otros irán a formar parte de nuestra biblioteca que se abrirá en breve a nuestro público.

La conversación deriva sobre las actuales dificultades de la enseñanza en las Universidades inglesas.

—La mujer continúa sus estudios con regularidad. En cambio, el hombre tiene que combinarlos, en lo posible, con las actividades bélicas. De todas formas, procuramos no descuidar unas sin desatender las otras. Al final de la contienda servirán los estudios realizados en este tiempo, en los que se han introducido algunas modificaciones. No es la menor la del deporte, tan arraigado en nuestras instituciones. Ahora, como usted comprenderá, cualquiera los confundiría con los movimientos típicos del ejercicio militar.

Oxford fué la Universidad en que se graduó Mr. Howard. De allí pasó a Yale, en los Estados Unidos, en donde estuvo cuatro años.

—La diferencia más esencial entre las Universidades de ambos países es que en las nuestras existe más libertad intelectual, pero mucha menos libertad moral que en aquellas otras. Se trata, en el fondo, de conceptos vitales, ya que en el plan de estudios no existen grandes divergencias.

—¿Y la actual literatura inglesa?

—Se nota una tendencia a referirse a temas de orden espiritual. Los mejores novelistas del momento inglés parecen preocupados por la esencia de nuestro ser. Existe una inquietud metafísica en casi todos ellos. Es la natural reacción a una época en exceso materialista. Además, no debe olvidarse que algunos de ellos se han convertido al catolicismo. Esto influirá decisivamente en la elaboración de la nueva novela.

Mr. Howard sonríe mientras nos habla. Se refiere a los rumores, no confirmados todavía, de conversión de Huxley al catolicismo. Pero la hora de la conferencia llega. Mr. Howard disertará, con experto conocimiento, sobre sir Christopher Wren, el gran arquitecto de la Catedral de San Pablo, en Londres. Y quizá piense, en el entretanto, en la coincidencia de haber aprendido humanidades en los mismos claustros que aquel genio del siglo XVII: en el Colegio de Wadham, en la Universidad de Oxford.

Lea usted la bellísima novela de FRANZ THIESS

Angélica

Ediciones DESTINO, S. L.

A CADA DIA SU AFAN

SUPERAVIT

PARECE ser que el Ayuntamiento de Barcelona ha cerrado el ejercicio con superávit, por vez primera, en no sé cuántos siglos. Buen motivo de orgullo y satisfacción para los ciudadanos, concretamente para los que sean tenedores de Deuda Municipal. En realidad, no le fué menester mucho más al Gobierno portugués para ser ensalzado por las esferas. Aunque quienes afectan no entender de números, los innumerables Tomases que llenan la ciudad, se muestran un tanto reacios a unirse al coro de alabanzas.

Porque ha habido administraciones probablemente ruinosas; pero electrificaban y movían con puntualidad matemática los trenes, multiplicaban los estadios de mármol y los palacios, saneaban regiones infectas y fundaban ciudades, por citar el caso de la Italia de ayer. Y aquí, sin ir más lejos, conocimos a quien convirtió Montjuich en un parque (sin hablar de la Exposición), hizo la Diagonal nueva, ordenó el tráfico, inventó y vistió plazas, estableció una red de comunicaciones subterráneas, y muchas más cosas que dejamos en el tintero. Y otro hubo antaño, no menos ilustre, que inventó —o puso en marcha— el Ensanche, trajo los servicios públicos, construyó museos y mercados, parques y cementerios, y mudó los usos y costumbres de nuestros mayores, como bien observa García Venero en su reciente librito sobre Rius y Tauler, que ese era el alcalde. ¿Cuánto costaron la gestión de uno y otro? Mucho, muchísimo.



Al compás de una sardana

Salidas del violín y el acordeón de unos ciegos, ascendían, fuchadas arriba, las notas de una sardana. Escuchábamos en silencio, a través del balcón, hasta que uno de nosotros, refiriéndose al autor de la música, dejó caer estas palabras:

—¿Qué se habrá hecho de Bou? Bou fué un compositor sardanístico que, quince años atrás, disfrutó de inmensa popularidad. De su nombre hicieron una bandera los enemigos de la sardana sintonía y erudita. Bou, ejecutante a la vez en la còbla de Torroella de Montgrí, escribía de un modo simple, elemental. Pero sus sardanas —«El saltiró de la cardina», «Tossa, flor de mar», «Llevantina», «Angelina»— eran inmediatamente recogidas y cantadas por el pueblo. En los instantes de máxima pasión sardanista, por Bou y contra Bou, los aficionados incluso llegaron a las manos en las plazas barcelonesas.

Han pasado muchos días, pero todavía los músicos ciegos del centro de la ciudad tocan las sardanas de Bou. A pesar de que nadie se acuerde de su autor. For eso, la pregunta de nuestro amigo ha tenido la virtud de sumirnos a todos en el recuerdo. Pero, en la reunión, alguien ha tomado la palabra:

—¿Bou? Hace unos años, acabábamos de comer en la terraza de un restaurante de la Costa Brava cuando un hombre acercóse a la mesa y tocó, con un flautín, unos fragmentos de sardana. Luego, pasó, humildemente, la gorra... Uno de los comensales nos dijo que se trataba de Bou. Vivía —y tengo entendido que sigue viviendo—, en la más absoluta indigencia, moral y material. Quien fué por unos años idolo de un amplio sector juvenil, no es, ahora, sino una sombra, un ex hombre, como diría Gorki...

Nadie osó comentar en voz alta las palabras del amigo. Las notas de la sardana enseñoreáronse de nuevo del ambiente. Y si ya antes nos habían parecido tristes, ahora se nos antojaban trágicas.

mo; y aun cojeamos de resultados de aquello. Pero ya decía no sé qué clásico que deudas del Común, deudas de ningún (no estoy seguro de que la fórmula fuera así, pero se puede citar). Pues, en definitiva, lo importante es un resultado palpable para un millón largo de habitantes. Y en esas estamos.

El transeúnte no sabe exactamente dónde empieza y dónde termina la competencia del Ayuntamiento, ni lo que cuesta el Municipio o es privativo de las Em presas. Sólo sabe que los jardines, la conservación de los macizos vegetales, es —en la mayoría de los distritos— un mero recuerdo; que los tranvías brillan por su ausencia, por sus dotes de equilibrio inestable, por sus guirnaldas de racimos humanos, por la inteligencia de su trazado y la baratura de sus precios, mientras los conductores se acreditan de ases de la manivela: que para trasladarse de un punto a otro de la derecha del Ensanche —máxime pasado el Paseo de San Juan— no hay más que armarse de cristiana resignación y hacer caso omiso del reloj; que el cazador no tiene más remedio que poner la jauría a pupilaje junto a la estación, pues no quieren perros ni en los taxis; que plaza céntrica es la que tenga solares por edificar y que las inmundicias se han hecho para las calles; que... Claro que las dificultades son muchas, la ciudad muy grande y la paciencia poca. Que la gente se queja de vicio. Pero reconozcamos que la palabra superávit también tiene lo suyo.—J. R. M.

Los «madrugámbulos»

¿A dónde va y de dónde viene la gente bullanguera que, a partir de la una de la madrugada, circula por las calles mayores del distrito quinto? Esto ha sido siempre para nosotros un misterio. Cerrados los espectáculos, cafés y «scabarets», el termómetro a tres grados, necesitase humor y desvelo para proseguir la iniciada «juerga...»

Pero, por lo visto, hay que penar durante la noche si uno pretende ganar la madrugada. A las cinco empiezan a abrir sus puertas las lecherías de la calle de San Ramón. Ignoramos si es un signo de los tiempos el que, en aquel barrio, las expendedurías de café con leche y chocolate rivalicen, en número, con los mostradores de tinto y manzanilla. El noctámbulo que se ha visto con fuerzas para aguantar cuatro horas a la intemperie, al dar las cinco en el reloj, se tira de cabeza a la lechería. Se ha salvado ya el escollo difícil. La «farras puede continuar. Por la calle, transitan los carros de la limpieza, los repartidores de «La Vanguardia», los serenos y vigilantes, que van en busca de la cama... En el interior de la lechería, bajo fantásticos paisajes suizos pintados en el mosaico y ante un plato de natilla, siguen los «madrugámbulos» cultivando su broma, apurando la última gota de la orgía...

Entre las nuevas costumbres barcelonesas, destaquemos ese rescollo de «juergas» que se aviva a las cinco de la mañana, en el ingenio y albo escenario de la lechería.

En el bar «Manolo»

En el Bar «Manolo» —perdido en los callejones cercanos a la Plaza Real— se canta flamenco. Barcelona, que años atrás era considerada como la segunda capital del arte andaluz, conserva en la actualidad como únicos refugios donde éste se cultiva sin muchas adulteraciones, unos cuantos cafetines con nombres evocadores: Casa Matías, La Macarena, Villa-Rosa, y este Bar Manolo. Alrededor de unos veladores de mimol y ante unas telas, allí se reúnen los incondicionales del arte flamenco para escuchar al «cante» oficial de la casa, quien previa invitación a unos «chatos» está siempre dispuesto a amenizar la fiesta.



A últimas horas de la noche — las últimas horas autorizadas por las vigentes disposiciones — en el Bar «Manolo», la clientela es escasa pero escogida. Es el momento de arte por el arte, y los oyentes adoptan una actitud triste y misteriosa. Las plañideras inflexiones del «cante» les conmueven profundamente a juzgar por la gravedad reflejada en los semblantes.

No hace mucho tiempo que a esta hora ritual, en una mesa contigua a la de los iniciados, se comentaba el aspecto pintoresco del espectáculo:

—Es divertido... — insinuó alguien a media voz.

A un devoto del «cante» no le gustó la frase. Con gesto ofendido increpó suavemente a quien habíala pronunciado:

—¡Amigo, aquí «ze viene a zufrir!»

CAFE DE LA NOCHE

LINA CAVALIERI

HASTA la mesa de este café de la noche hoy, hecho evocación de nostalgia, un espectro muerto violentamente: Lina Cavalleri. Hasta las cucharillas repiten, con su nombre, la misma pregunta:

—¿Pero vivía Lina Cavalleri?

Pues sí, vivía Lina Cavalleri la de dulce memoria. Tenía ya muchos años. Se dice que intentó y entorpeció que es verdad. Presentó en la vida artística y mundana más de lo que se presenta aún en nuestra memoria. Muy joven había debutado en el famoso «Follies Bergères». El «Follies» de Toulouse Lautrec hoy está de moda en furor fino secular. Belleza meridional, tuvo deslumbrante, trajo en las noches del gran Maxim's, en las bohémias — con «champagnes» — del Montmartre al que se asomaban nuestro Rusñol, nuestros Casas, nuestros Zuloagas. Rivalizó con la ciudad más suspirada de Europa, aquella de la Bohemia que figura en los esmaltes de las adorables pitilleras libertinas del mundo. Empezar el siglo, el siglo de la Exposición Universal, el siglo progresista de la Torre Eilat, Lina, la adorable Lina, le recibió cantando: ¿Puede recibirse mejor a un siglo? Cantó, por primera vez, en el San Carlos de Lisboa. Después por Italia y por Francia, llegando a cantar en San Petersburgo ante la familia imperial. Amores, triunfos, ramos de flores y siempre un «dieu» a la puerta... «La Bohème», «Rigoletto», «Boda con el pintor Robert Chanier...» Luego los años y el retiro, con todos sus recuerdos, esos perritos disecados y retratos triunfales, en ciudad más fina del orbe latino: Florencia.

Y he aquí que la guerra que no respeta las más sagradas ruinas ni los mejores momentos, la ha venido a matar en un bombardeo. Para que su vida siga siendo una novela y nosotros escribamos unas líneas más...

ESTAR DESPIERTO

Anda mal el escritor de crédito en muchas cosas, y una de ellas es la que se refiere a que entere de las cosas de la vida, que sirva para otras fuera de la de escribir. El hombre práctico, el hombre de negocios, de empresa o de política, efectivamente, que el escritor es un teórico, un hombre sin realidad... Puede ser, pero alguna vez un escritor ha protestado de esta fama, por ejemplo don Miguel de Unamuno. Cuando que estaba don Miguel de tertulia en el Casino de Salamanca y se habló de las cosas que cada uno dormía. Don Miguel declaró que se acostaba sobre las once y se levantaba a las diez. Uno de aquellos hombres prácticos le preguntó:

—¿Y duerme usted todo ese tiempo?

—Sí, señor.

—Pues no lo comprendo... Yo no me acuerdo nunca antes de las dos y me levanto a las tres. Duermo mucho menos que usted, don Miguel.

Y, don Miguel, rápido:

—Sí, es verdad... pero el tiempo que estoy despierto, yo estoy mucho más despierto que usted.

EL MUNDO Y LA POLITICA

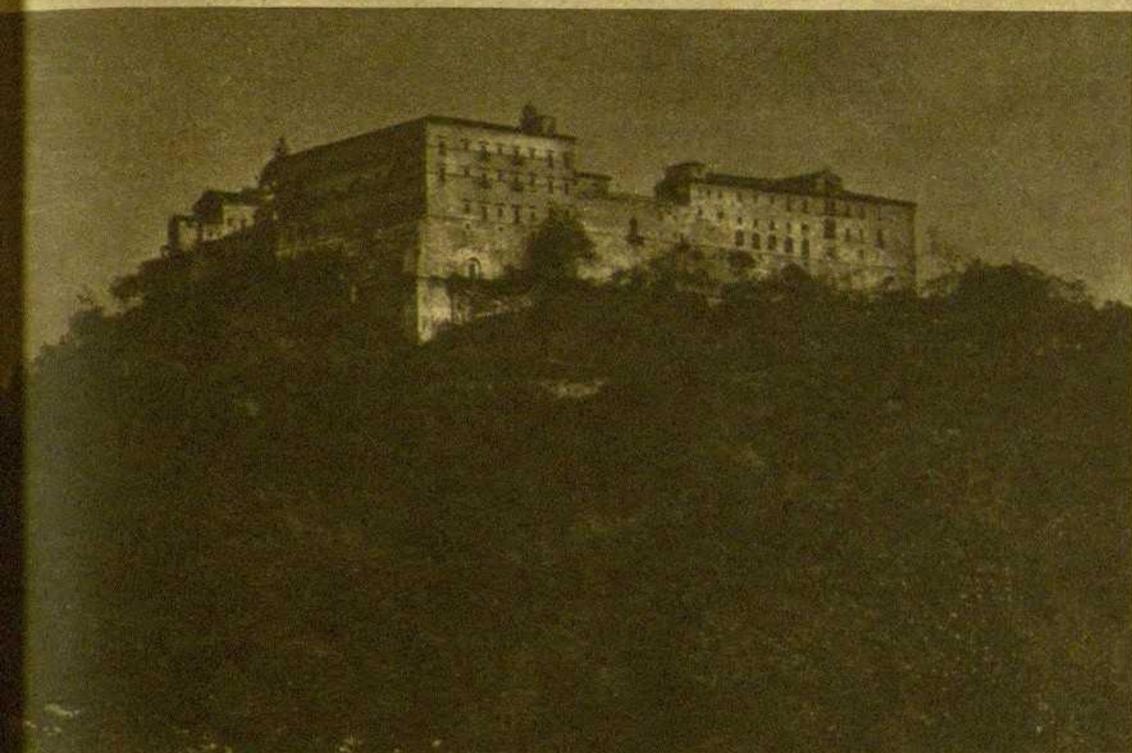
Monte Cassino, Castelgandolfo y San Pablo... y lo que puede venir

¿O hay más remedio que unir ya la voz a los clamores en desierto de nuestro compañero Brunet. Realmente, clama al cielo, forma en que se está llevando la guerra de Italia, por uno y otro bando, con justicia y esperanzas de futuro, orientar al mundo en lo futuro de un modo absoluto cuando obra sin consideración ninguna para el jardín del Imperio, el trónculo de San Pedro y el país más sagrado de Arte e Historia del mundo entero. No tener en cuenta

ropa, y, también, más conocedores y amantes de estas cosas —, no quieren mancharse las manos causando unas huellas que jamás podrán borrarse.

La culpa, digámoslo pronto, va a medias. Son cañones y aviones anglosajones los que han destruido la abadía famosa de San Benito, pero antes fueron cañones y ametralladoras alemanes los que la convirtieron en fortaleza formidable. Es como ha sido otras veces: hombres rubios de otras latitudes, desconocedores o desdenosos de todo lo que se acumula en las piedras sagradas de Italia deriven sus querellas sin preocuparles lo que destruyen para siempre. Y lo de Monte Cassino, en verdad, es incomprensible. En una campaña como la

dido. Pero, de todos modos, los ataques no quedan por ello justificados. Volvemos al argumento anterior: aun suponiendo que el bombardeo de Castelgandolfo abrevie en un día o dos, u ocho, la duración de la campaña de Italia, ¿qué es ello comparado con lo interminable de sus jornadas?; y, puestos a pasarse meses y meses en lucha por tan escasos kilómetros de terreno, ¿no valía la pena de añadirles ocho días, de los cuales nadie se hubiera dado cuenta, con tal de aparecer a los ojos del mundo como capaces de respetar lo que debe ser respetado? Justamente, por haber creído esto, los jardines pontificios estaban llenos de miles de refugiados, acudidos allí con la esperanza de hallar un amparo res-



La Abadía de Monte Cassino

estas cosas, cualesquiera que sean las necesidades militares del momento, es no sólo un crimen lesa cultura, es también un crimen. Cosa que lo prueba, por lo demás, un detalle significativo: los ataques aéreos contra objetivos cuyo ataque ha de repercutir en todo el mundo, y muy especialmente en Europa, no los suelen realizar los aviones ingleses sino los norteamericanos. Roma fué bombardeada por la aviación yanqui; el cometido de destruir Monte Cassino ha sido encargado, también, a los aviones del otro lado del Atlántico. Esperase que los ingleses — más políticos y obligados a permanecer en un más estrecho contacto con Eu-

ropa, tan sumamente lenta, no se explica como los dos adversarios no han podido llegar a un acuerdo para dejar fuera de la destrucción un lugar que sólo puede variar en unos pocos kilómetros la situación del frente. En una retirada desesperada o en un avance arrollador se comprende la necesidad irreflexiva de aprovechar cada obstáculo para tratar de contener la riada o, viceversa, la de desmenuzar cualquier posible foco de resistencia capaz de detener el ritmo ofensivo que se lleva. Pero, para que el frente, en definitiva, venga a quedar donde estaba o unos kilómetros más atrás sin que nadie en el mundo sepa distinguir en un mapa donde estuvo antes y donde después, es terrible se haya destruido un lugar ilustre de La Humanidad.

Pero lo de Castelgandolfo es todavía peor. Y se complica, además, con una abierta violación de la neutralidad de los territorios de la Santa Sede. ¿Por qué estos bombardeos de la ciudad, de los jardines y de la villa pontificia? La Santa Sede ha protestado, con sobradísima razón, contra el atentado cuyo propósito no se advierte fácilmente. Posiblemente existía en la población de Castelgandolfo algún centro militar alemán, lo cual, dicho sea de paso, era también imperdonable, pues era lógico que ello expusiera el palacio y los jardines pontificios a lo que ha suce-

petado por unos y otros. Ni unos ni otros lo han respetado y son muchos los infelices que han hallado la muerte donde creyeron hallar la salvación.

Hay, todavía, otro hecho semejante, ante el cual no se puede guardar silencio. Y menos que nadie los españoles que, en los horrores de una terrible guerra civil, vieron a muchos miles de sus hermanos salvando la vida tras la fragil barrera moral de una bandera extranjera cobijadora del magnífico derecho de asilo. Días atrás, un grupo de la policía republicana fascista violaba la neutralidad de la Basílica y Colegio de San Pablo, en Roma, y capturaba a un general y otras personas que allí habían buscado y encontrado refugio. La Santa Sede, que no ha reconocido al gobierno fascista republicano, no pudo formular una protesta directa en el terreno diplomático, pero lo hizo públicamente desde las columnas del «Osservatore Romano» Razón le sobraba. Y, por su parte, los violadores de la neutralidad pontificia debían recordar no sólo que fué el régimen fascista quien reconoció la neutralidad de aquellos edificios, por medio del Pacto de Letrán, sino también aquel conocido aforismo que el oficioso suelto del «Osservatore» sacaba oportunamente a colación: «hoy para ti, mañana para mí». Y tener muy presente lo mismo que hemos dicho más arriba respecto a lo demás: en una situación como la de Italia en la cual pululan y se refugian por todas partes los innumerables disidentes del fascismo, cuya existencia reveló la crisis famosa del 25 de julio, resulta fuera de lugar empeñarse en ir a capturar precisamente a las cincuenta personas refugiadas en San Pablo extramuros; era mejor prescindir de esta captura y tener la papeleta más limpia.

Toda clase de filias y fobias ha de desaparecer ante consideraciones de tanta justicia. Uno, al fin y

LA PROPAGANDA EN LA GUERRA

La guerra, a partir del momento en que se hizo nacional, ha ido acompañada siempre de una activa propaganda proyectada tanto hacia el exterior como hacia el interior. Y es natural, porque tanto interesa perturbar en lo posible el ambiente del enemigo y adquirir un prestigio ante los neutrales, como sostener alta la moral de las poblaciones civiles de la retaguardia y mantener vivo su interés por los hombres que luchan en el frente.

Lógicamente, los medios empleados por la propaganda son todos los de expresión y difusión, pero entre ellos los gráficos, basados en la fotografía y en la cinematografía, y los radiofónicos, han alcanzado una enorme utilidad por la perfección de los medios actuales. Esta perfección ha sido tan rápida y acabada, después de la Gran Guerra, que es curioso comparar las revistas ilustradas que se editaban durante aquella contienda con los reportajes gráficos del actual conflicto.



Corresponsal de guerra alemán filmando

Durante la guerra de 1914-1918, el campo de acción de los corresponsales de Prensa terminaba allí donde, en realidad, comenzaba la lucha: en las trincheras, y, por ello, lo más emocionante y auténtico que pudo obtenerse fueron fotografías de baterías en pleno fuego, o unidades de infantería disponiéndose para el ataque desde sus bases de partida; es decir, documentos que por mucho que el artista de gabinete quisiera después «animarlos», reproducían tan sólo visiones de una retaguardia más o menos mixtificada; y es que la cámara fotográfica no osaba nunca acompañar al combatiente a través de todos los peligrosos y angustiosos momentos de la lucha.

Hoy las cosas suceden de otro modo. El rápido perfeccionamiento del cine sonoro, la construcción de cámaras cinematográficas, pequeñas, pero con potentísimos objetivos de gran luminosidad y rapidez de instantánea, etc., han permitido realizar lo que antes era irrealizable. Pero, naturalmente, ello exigía contar con personal instruido moral y técnicamente, que fuera capaz de utilizar estos medios sin dejarse influir por el peligro inmediato, y que estuviera, además, sometido a una disciplina de vida y de trabajo. Surgió así la propaganda como un servicio más, y no poco interesante, de los ejércitos de operaciones, en el que sus agentes están militarizados y conviven íntimamente con los demás soldados; es decir, que bien puede afirmarse que el corresponsal de hoy es un verdadero combatiente que con sus «armas» —la cámara fotográfica o el aparato radiofónico— acompaña a la infantería de primera línea, viaja en los submarinos o vuela en los bombarderos y cazas para captar el combate aéreo.

Y sus «victorias», materializadas en la emoción, verismo e interés histórico de los documentos logrados, son de inestimable valor en manos del Mando para la conducta de esa guerra de la propaganda que ningún beligerante osa desdeñar actualmente.

Teniente Coronel J. RUIZ-FORNELLS

al cabo, tiene su Derecho Romano y recuerda aquello de «suum cuique tribuere», dar a cada uno lo suyo. Y lo merecen unos y otros. Y, sobre todo, que más que tirios y troyanos nos importa, sinceramente, la suerte de la Santa Sede para la cual auguran penoso futuro los incidentes aludidos más arriba. ¡Sí, admirado compañero Brunet! ¿No resiente, usted, también, como yo, el temor de que estos desagradables acontecimientos sean síntomas terribles de peligros todavía más terribles para el futuro? He hablado, más arriba, de hombres rubios de otras latitudes luchando en Italia para dirimir sus pleitos, sin importarles demasiado el terreno que pisan. La tierra italiana, por lo demás, está llena de ruinas, mudos testimonios de lo que hicieron aquellos. Pero la Historia recuerda también acontecimientos terribles de luchas entre las mismas piedras sagradas, de obligadas odiseas del Vicario de Cristo, de «cautiverios de Babilonia» más o menos duraderos. Dígame con todas las reservas, pero es un temor que no puede callarse, a la vista de lo que ha sucedido y está sucediendo en Italia: tememos que la Historia pudiera repetirse. Si se combate en Monte Cassino y en Castelgandolfo, pudiera combatirse también — ¡Dios no lo quiera! — en San Pedro o en las estancias de los Borgias o en la Capilla Sixtina, por ejemplo. ¡Qué horrible desgracia sería!

Como no fuera menos de extrañar que viéramos repetidos, en cierto modo, los casos de Pío VI o Pío VII — ¡horroriza sólo el suponerlo! — el del propio Bonifacio VIII. Al fin y al cabo, y esto no debe olvidarse, hoy, como otras veces ha sucedido, combaten en Italia, guerreros que no son católicos y pleitean, armas en mano, Estados que no comulgan con el Credo católico romano.

SANTIAGO NADAL

EMBUTIDOS - CIERVO
Especialidad en
Chorizo Riojano
y Salchichón de Vich
LAFARGUE
Teléfono 19
Despacho:
CERVERA (Lérida)

MERIDIANO
SINTESIS DE LA PRENSA MUNDIAL
una revista de selección. Centenares de periódicos y revistas de todo el mundo cuidadosamente leídos por redactores especializados. No le pedimos que esté en nuestras palabras; pregunte a cualquiera de sus amigos que conozca esta pequeña gran revista cuyo texto jamás envejece
DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS DE ESPAÑA

PATENTES - MARCAS
REGISTROS EN TODOS LOS PAISES
I. PONTI
INGENIERO INDUSTRIAL
AGENTE OFICIAL DE PROPIEDAD INDUSTRIAL
PASEO DE GRACIA, 33. -- Teléfs.: 21396 y 21174
BARCELONA (7)

"LA PASSIÓ"
EN OLESA DE MONTSERRAT
Día 20 de febrero. Primer viaje patrocinado por
"DESTINO"
Pida detalles "Destino" - Teléfono 11482

El conflicto mundial

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

¿CÓNOCE usted Finlandia? ¿Qué opina de los finlandeses?

—Sí, la conozco. Mis andanzas me llevaron hasta Helsinki. País maravilloso, aunque un tanto monótono, con sus treinta y seis mil lagos (!) y sus bosques infinitos. La capital está rodeada por agua y árboles. Se comprende que no hay allí polvo y que un limpiabotas se moriría de hambre. País maravilloso y pueblo admirable. Democracia campesina: trabajo, seriedad, silencio, honradez. Pero la democracia campesina sabe defender su libertad frente a un agresor, por poderoso que sea. Lo demostró en el invierno del 39.

—Y también en la presente guerra. Ahora bien, dicen que no le quedará más remedio que salir de ella.

—En efecto, no hay que olvidar las realidades demográficas. Se trata de un país de menos de cuatro millones de almas. Para un pueblo pequeño, tres guerras en menos de una generación significan una sangría demasiado fuerte. De modo que si los aliados le garantizaran la independencia...

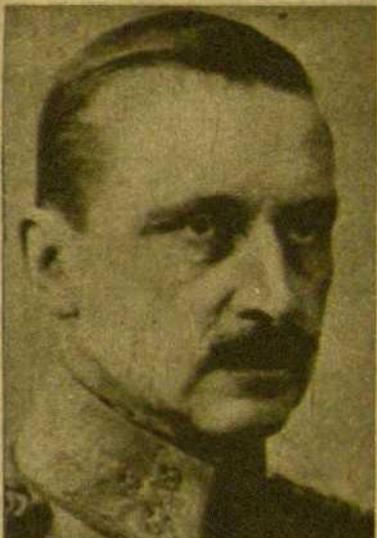
—Sí, he visto que en Berlín estiman que Finlandia no podrá resistir indefinidamente a la presión política y militar de los aliados.

—Así parece. Los bombardeos de Helsinki, los ataques rusos en el istmo de Carelia, su establecimiento en la costa meridional del golfo de Finlandia, son fenómenos que indican una nueva fase en la lucha. Si los rusos consiguiesen ocupar Estonia, a cuyas fronteras han llegado, la posición de Finlandia llegaría a ser delicadísima.

—Se disipa el ensueño de la Carelia oriental...

—Tierra misteriosa del «Kalevala». Tierra de lagos y bosques, apenas po-

blada. País boreal entre los lagos Onega y Ladoga y el mar Blanco. Nada más que al pronunciar estos nombres, le invade a uno el frío y el terror. Raza fina, en parte rusificada. Reivindicación nacional para unos; aventura pe-



El mariscal Mannerheim

ligrosa para otros. Los nacionalistas fineses quisieran reunir dentro de las mismas fronteras a todos los hijos de la misma raza. La minoría sueca, por el contrario, no desea que disminuya su porcentaje en la Finlandia de mañana. Nacionalismo finés contra orientación escandinava. ¿Me comprende?

—Creo que sí. Hay quienes consideran incompleta Finlandia sin la conquista de la Carelia oriental; hay quienes se contentan con el «statu quo» de 1939.

—Esto es. Si los aliados asegurasen a Finlandia el respeto de sus fronteras...

—De las de noviembre de 1939, antes de la agresión bolchevique, o las de marzo de 1940?

—Ahí está precisamente el «hica». ¿Renunciarían los rusos a los territorios conseguidos en el Tratado de Moscú? Estiman que la antigua frontera está demasiado cerca de Leningrado. En efecto, sólo dista treinta kilómetros de la antigua capital rusa. Como Stalin se considera heredero del zar Pedro I, exige la Carelia finlandesa con Viborg —Viipuri, en finés—, ciudad cantada por el conde de Foká. Tampoco renuncian a la región de Salla, en el Este, con el fin de acercarse al golfo de Botnia y poder cortar en cualquier momento Finlandia en dos trozos. Y menos renunciaría a la península de Hangoe, llamada «el Gibraltar del Norte». En fin, no nos parece probable que Moscú se mostrara generoso. Los anglosajones sí que se sienten atraídos por la democracia finlandesa, pero quizá no resalten suficientemente influyentes para salvar la integridad del país.

—Me figuro que aconsejarán al Gobierno de Helsinki negociaciones directas con el de Moscú.

—Seguramente. Y Moscú dirá que todas las reivindicaciones finlandesas podrán realizarse mediante la entrada del país en la Unión Soviética: independencia, o casi, anexión de la Carelia oriental, representación propia en el extranjero. En fin, todo, siempre que Finlandia abandone el régimen en que vive actualmente y adopte el soviético.

—¿Y qué diría Alemania si Helsinki se decidiese a contestar en sentido afirmativo a la nota de Cordell Hull, a la advertencia de Washington?

—Alemania comprende las necesidades de otros pueblos. Comprende que para Finlandia la lucha no puede ni debe eternizarse. A fines de junio de 1941, al entrar en la guerra, el pueblo finlandés no contaría seguramente con ver bombardeada su capital en febrero de 1944. Comprenderán, pues, los alemanes que la decisión de Finlandia no es fruto de mala voluntad, sino un gesto impuesto por las realidades. Si disponen de suficiente número de soldados, los germanos substituirán a sus actuales compañeros de armas, como lo hicieron en Italia y los Balcanes.

—¿No estima usted que el ejemplo de Finlandia pudiera resultar contagioso?

—Todos los pueblos consideran que la guerra se ha prolongado demasiado. Ninguno emprende una lucha con el deseo de guerrear, sino con fines determinados. Finlandia entró en el conflicto armado al lado de Alemania con el deseo de recuperar sus provincias perdidas en marzo de 1940. Si los aliados le dan satisfacción, no hay motivo para que siga la lucha. Y si no... Ignoramos la decisión que tomará el Gobierno de Helsinki y el Alto Mando, presidido por el mariscal Mannerheim. En cuanto a Alemania, no perdería realmente gran cosa, pues la ayuda militar de Finlandia es inexistente, desde hace muchos meses. La cesación de la lucha en Carelia no ejercería influencia sobre el resto del frente.

A. R.

Un libro extraordinario sobre el más pequeño y, también, el más grande reino del mundo

MUNDO VATICANO

por ARTURO LANCELLOTTI

Un lujoso volumen de 324 páginas con 16 láminas sobre papel couché y sobrecubierta a tres tintas.

Precio: 30 pts.

Ediciones Destino, S. L.

¿Cuándo acabará la guerra?

La dolorida Humanidad anhela la paz y este fervoroso deseo hace surgir las más curiosas previsiones y profecías, emanadas de personalidades eminentes y bien informadas o bien, sencillamente, pintorescas.

30.000 «ADIVINADORAS» NORTEAMERICANAS

La coyuntura de adivinos de ambos sexos es mayor que nunca, especialmente en los Estados Unidos. Se calcula en unas 30.000 «evidentes» las niñas que anuncian cada día una rápida terminación de las hostilidades.

Un reportero del «Saturday Evening Post», visitó a nada menos que treinta y cuatro señoras dedicadas a tan lucrativo oficio. Si bien algunas discrepaban de otras, el criterio de todas —sin excepción— coincidía en que por Navidades del año 1945 reinará la paz otra vez en todo el globo y, desde luego, los Estados Unidos será la nación más poderosa de la Tierra.

Mrs. Helene Paul, la adivinadora más célebre de los yanquis, ha «previsto» incluso el desembarco norteamericano en el Norte de África. Según esa señora —que reside en Washington, en las inmediaciones de la misma Casa Blanca— la guerra tan sólo acabaría en Europa, mientras que en el Extremo Oriente, se lucharía aún... ¡durante diez largos años!



—Haciendo esta maniobra dejamos el flanco al descuberto. (Lilliput)

revolución social; ésta se manifestaría ante todo por una especie de emigración de pueblos interior, dentro de los límites naturales de Norteamérica. Hacer añadir que Bromfield no ha sacado esas afirmaciones suyas ni del marco del café —que escasea un poco en los Estados Unidos—, ni de la posición de los otros. Como excelente conocedor de la vida pública y social de su país, por lo menos sus afirmaciones se basan en datos fidedignos, estadísticas y estudios de sociografía.

LAS EQUIVOCACIONES DEL ALMIRANTE STIRLING

Uno de los «falosos profetas» más conocidos, es el famoso almirante Stirling. Si sus profecías se hubiesen cumplido, la guerra ya hubiera acabado. Si bien las autoridades norteamericanas tuvieron que llamar al almirante varias veces a ese gran marino para que se abstuviese de formular vaticinios demasiado a la ligera, en uno de los últimos números del periódico londinense «Daily Mail», ha vuelto a tomar la palabra, declarando que la contienda quedaría decidida con toda seguridad antes del día 1 de julio de 1944.

«La crisis primaveral se producirá casi automáticamente —escribe el almirante—. No es imposible que los aliados intenten expugnar la fortaleza europea antes que llegue la más amable de las estaciones; no obstante, podemos estar seguros que el esfuerzo definitivo se realizará tan sólo en mayo o en junio. Las batallas que se librarán en los meses indicados, decidirán los destinos de Europa...»

Liddel Hart, la mayor autoridad entre los peritos militares del Reino Unido, considera, por su parte, muy ridícula todas las profecías, pero, al mismo tiempo, también él cree muy probable que el año en curso nos aporte la decisión en todos los frentes de Europa. Este modo de ver parece gozar de gran popularidad en todas partes, pues coinciden en él tanto las profecías como el secretario de la Guerra de los Estados Unidos, Stimson, el cual fundamenta en el hecho de que hasta el mes de abril, como más tarde los formidables ejércitos de su país no habrán alcanzado el punto culminante de sus preparativos. Hoy día, sin embargo, —afirma Stimson—, las fuerzas terrestres de Alemania, a pesar de la lucha a vida y muerte que tienen entablada con los rusos, son considerablemente más fuertes que las nuestras.»

LAS PROFECÍAS «CLÁSICAS»: DE NABUCODONOSOR A NOSTRADAMO

Merecen un capítulo aparte aquellas profecías que no son de fecha reciente y que ya es costumbre tradicional sacar de las polvorosas bibliotecas. En Francia, se han venido multiplicando durante los últimos años las reediciones de las celeberrimas profecías del gran astrólogo Nostradamus en cuyos enrevesados textos cada cual puede «interpretar» cualquier cosa a su gusto. Quedó liberado recientemente de un campo de concentración de Francia un conocido astrólogo alsaciano, el cual fué internado en Daladier, a raíz de una carta que dirigiera al entonces primer ministro. En su carta, le explicaba que las constelaciones celestes le permitían afirmar una victoria alemana, pasando las columnas del enemigo por Bélgica, Holanda, y exigía de manera apremiante la continuación de la famosa «línea Maginot» hasta el mar... Sea como sea, el desventurado astrólogo había predicho la verdad.

Un conocido galeno barcelonés dió recientemente una charla ante la Peña de amigos, analizando el sueño de Nabucodonosor, otra de las más célebres profecías, a la vez que una de las más antiguas. Ante un auditorio escéptico declaró su firme convencimiento de que durante el año en curso todos los dirigentes de los Aliados y del Eje tendrían que abandonar el poder: Roosevelt igual que Stalin, Churchill igual que Hitler... Otros muchos «profetas», que hoy abundan en todo el mundo, se refieren a mil años medievales, cuyos nombres nadie conoce, para afirmar que tres o cuatro siglos atrás, habían previsto con cierta visión la derrota de Francia, la caída del fascismo italiano, la resurrección de Alemania y hasta acontecimientos tan secundarios como la incorporación de Odesa a Rumania. No puede controlarse hasta donde llega la autenticidad de los textos referidos, pero es de suponer que tales profecías sirven, por lo menos, una finalidad: dar un poco de esperanza a los sufridos lectores de periódicos.

JUAN GABARRÓ RUBIÓ

TRATANTE EN GANADOS

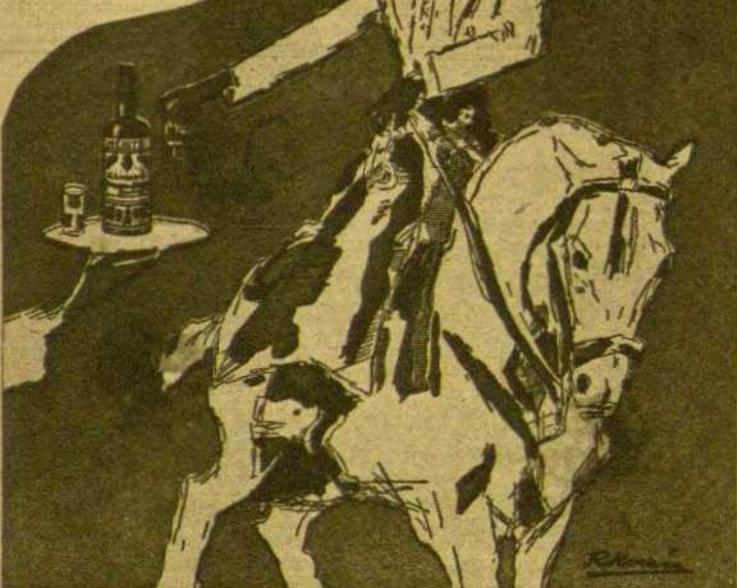
Calle CALVARIO, 23
TELÉFONO 45

Olesa de Montserrat

Oloroso - Seco
SAN HILARIO

Oloroso - Abogado
SOLERA MÉRITO

Jerez seco
CÁNDIDO



MARQUÉS DEL MÉRITO

JEREZ DE LA FRONTERA

AGENCIA EN CATALUÑA:

ESTEVE Y AGUILÁ, S. L.

URGEL, 82. - Teléfono 36032. - BARCELONA

Entre la vida y la muerte

por AUSTRAL

FACTORES PRINCIPALES PARA EVITAR BAJAS

EN la pasada Guerra Mundial, moría el siete por ciento de los hombres heridos en acción; muchos de ellos por choque traumático, infección o por ambas causas. En esta guerra, las fuerzas norteamericanas pierden poco más del por ciento de los heridos. En algunas acciones el tanto por cien-

tubo de tabletas de sulfadiacina, que ingiere si es herido, y de unos cinco gramos de sulfanilamida, que espolvorea sobre la herida antes de vendarla.

Puede también administrarse a un herido más plasma en el avión o en el hospital. De todos modos, escapa al «shock» mortal. En el hospital base se realiza el primer examen. Se obtiene una radiografía. Se localizan y extraen los cuerpos extraños e infectados. Se adminis-

es tan limitada, que no puede usarse de una manera general.

La penicilina es tan mortífera para las bacterias, que una gota en una bañera llena de agua basta para detener el crecimiento de los gérmenes, pero es tan inofensiva para los ratones y el hombre, que puede inyectarse directamente en las venas sin ningún efecto perjudicial.

En la actualidad, la penicilina se utiliza para curar casos refractarios a las sulfamidas. Ya se han logrado curar numerosos casos de infecciones de guerra, que habían resistido a la acción de las sulfamidas.

Si la penicilina se obtiene sintéticamente en un porvenir próximo, o si se descubren métodos para producirla con mayor rapidez, salvará la vida a batallones enteros. Mientras se resuelve este problema, están siendo investigados muchos otros hongos y es posible que cualquier día se anuncie algún nuevo descubrimiento revolucionario. Importantes experimentos se están llevando a cabo también con la gramidina. Sin embargo, esta sustancia es tóxica y tampoco se ha encontrado todavía el medio de producirla rápidamente en grandes cantidades.

LA MEDICINA EN EL MAR

En el mar, los problemas médicos difieren esencialmente de los que se presentan en otras ramas de las fuerzas armadas. Muchas de las batallas navales en las que ha tomado parte la Armada norteamericana han durado desde escasos minutos hasta tres cuartos de hora.

tran más sulfamidas. No se cortan los tejidos muertos y en degeneración, que generalmente no existen. No se sutura. La nueva técnica, en gran parte, consiste en dejar abierta la herida. Si es preciso cerrarla se hace generalmente con esparadrapo, no con puntos. El plasma, las sulfamidas y la rapidez la han hecho todo. Para el tratamiento no tiene mucha importancia la localización de la herida. Se han aplicado sulfamidas en heridas craneales, torácicas o abdominales. Todos curaron.

CURACION DE FRACTURAS

Ya no resultan aterradoras las fracturas complicadas. Más sulfamidas, un vendaje de gasa empapada de vaselina y quizá un ligero vendaje enyesado para inmovilizar los músculos. La herida y el hueso rotó cuidan de sí mismos. Una vez detenidos el «shock» y la infección, la naturaleza se encarga de lo demás.

LA PENICILINA

Pero, afortunadamente, ha surgido, en el líquido amarillo segregado por el hongo «penicillium notatum», un arma nueva y más potente contra la infección. Esta sustancia, generalmente llamada penicilina, salvará a gran número de heridos y enfermos cuando los hombres de ciencia hayan encontrado el método de producirla en grandes cantidades. La producción actual



Cada soldado lleva en su macuto estos ampollas de penicilina, que podrá utilizar en el momento oportuno

Sin embargo, no es raro encontrarse con varios centenares de heridos en quince o veinte minutos. El rápido tratamiento de un número tan elevado de heridos en el limitado espacio de un buque de guerra requiere la máxima actividad y efi-



En la pasada Guerra Mundial, moría el siete por ciento de los heridos. Los modernos procedimientos terapéuticos han reducido en más de la mitad este porcentaje

cacia por parte de cada uno de los miembros de la tripulación, no solo de los médicos.

Los primeros cuidados en los casos de quemaduras producidas por incendio en los buques de guerra, son tan sencillos como en las heridas: plasma, sulfadiacina por la boca, inyección antitetánica, y, a veces, un ungüento o vaselina con ácido bórico o sulfamidas.

Si los tejidos están lesionados irreparablemente y el enfermo corre peligro de quedar deformado por las cicatrices, se recurre lo más rápidamente posible a la cirugía plástica.

Cada uno de los tripulantes del buque conoce los rudimentos indispensables para prestar la primera

otro enemigo mortal contra el que las fuerzas norteamericanas luchan sin descanso: la malaria.

CURACION DE LA MALARIA Y DISENTERIA BACILAR

Con cada contingente importante de soldados en el Pacífico meridional hay tres hombres cuya labor no consiste en luchar directamente contra los japoneses: Un especialista en malaria, un entomólogo y un ingeniero sanitario, encargados de exterminar los mosquitos anofeles, los diminutos transmisores de la malaria. Buscan larvas de mosquitos en todos los lugares donde pueden existir, anotando en un mapa sus hallazgos. Entonces entran en acción los ingenieros, desecando o cubriendo de petróleo las aguas estancadas.

Cada grupo dispone también de un eficaz insecticida. Antes de acostarse abren una válvula del depósito, que deja salir un chorro del poderoso insecticida para aniquilar a todos los mosquitos. Es obligatorio cubrirse con un mosquitero todas las noches en las zonas peligrosas.

El segundo enemigo en importancia es la disenteria bacilar que puede curarse rápidamente por la sulfaguanidina; hay también remedios eficaces, pero más lentos, contra la disenteria amebiana.

LA MORTALIDAD EN LA ARMADA NORTEAMERICANA

La cifra de mortalidad por toda clase de enfermedades asciende hoy en la Armada norteamericana a sólo 65,34 por cada 100.000 hombres. En 1918 era de 1.179,66 por cada 100.000 hombres. Solamente en lo que a la pulmonía se refiere, las sulfamidas han reducido la mortalidad desde 119,29 por cada 100.000 hombres en 1918 a 1,55 por 100.000 en 1942.

El control de las enfermedades venéreas en la Armada norteamericana es sumamente satisfactorio y la recuperación de los pacientes es rápida.

DIBUJO EN CASA

por lecciones particulares por correspondencia puede usted prepararse para estudios oficiales o libros con los mejores profesores. Pida prospecto hoy mismo a BELPOST.

Apartado 5126. BARCELONA. Teléfono 75358



El profesor Alexander Fleming, del «St. Mary's Hospital», de Londres, inventor de la penicilina

es aún más reducido. De 4.039 heridos de las fuerzas navales y terrestres norteamericanas tratados en un buque hospital en el sur del Pacífico desde el ataque a las islas Iwo Jima, sólo fallecieron siete. Éste hecho no tiene precedente en la historia de la guerra.

Los médicos de la Marina han trabajado tan eficazmente, que ya se han recuperado el 97 por 100 de las bajas producidas por heridas en la Armada y en la Infantería de Marina norteamericana durante el período comprendido entre Pearl Harbour y la primavera última. Sólo falleció un 2,6 por 100 de los del 60 por 100 de los heridos volvió al servicio. Sólo un 0,9 por 100 quedó inútil para el servicio.

UTILIZACION DE MORFINA, SULFAMIDAS Y PLASMA SANGUINEO

La causa de éstos éxitos consiste en la utilización de morfina y plasma sanguíneo en el choque traumático, de sulfamidas para evitar la infección, en el empleo de vendajes exclusivos para las heridas tocadas con traumatopnea, en la asistencia inmediata al herido y en el rápido transporte.

Hay muchos otros factores, pero los principales son: plasma, sulfamidas y rapidez. El plasma y las sulfamidas pueden ser administrados por un profano. El sulfatiazol puede ser aplicado por el mismo herido. Cada uno de los hombres que están en acción va provisto de un



DEL «FOX-TROT DE LAS
CAMPANAS» AL «RASKA-YU»

LA MUSICA LIGERA, SUS AUTORES Y SUS SECRETOS

BAJO EL CIELO DE PALMA

«RASKA-YU»...! Lo que parece el grito de guerra de una tribu india es, simplemente, el título de un «fox» invasor de la ciudad. En las salas de baile, en los nidos de arte, llega un momento en que, apagadas las luces, ejecutan los músicos un número cuyo estribillo repite al público: «Raska-Yu: cuando mueras, ¿qué harás tú?»

«Raska-Yu», original de dos músicos mallorquines, tiene su pequeña historia. Si su popularidad le advino recientemente, su creación data ya de algunos años. Bonet de San Pedro y Ete lo compusieron «bajo el cielo de Palma», cuando tocaban ambos en la orquesta «Los Trashumantes». «Raska-Yu» durmió media docena de años en espera de que Bonet lo despertase en el «Club Trébol» barcelonés. ¡Y qué despertar más ruidoso! Divergencias entre los dos padres de la criatura, acusaciones de plagio... Bonet no quiere ni rozar el tema. Al interrogarle nosotros sobre el particular, exclama:

—¡No me hables del «Raska-Yu»!

La figura de este músico que, en poco tiempo, ha polarizado las simpatías de los barceloneses aficionados al «jazz», resulta sugestiva. Camarero, inicialmente, en un hotel palmesano frecuentado por millonarios ávidos de sol y de tipismo, trocaba, en sus momentos de ocio, la servilleta por la guitarra, con la que explayaba su melancolía entonando las lánguidas canciones sudamericanas que tanto rimaban con la placidez y la luz de la Isla de la Calma. Un buen día, se presentó Bonet de San Pedro en público con su guitarra hecho ya un «estilista». El éxito fué tal, que pensó no abandonar ya más la música. A partir de este instante tocó el mozo de la una a la otra orquesta hasta fundar el pequeño conjunto de «Los 7 de Palma», que le permite brillar en su cuádruple aspecto de cantor, guitarrista, clarinetista y vibráfono. Y como autor, por si lo dicho fuera poco. Sus composiciones envuelven el nostálgico perfume de una adolescencia vivida a la orilla del más encendido de los mares, entre pinos y olivos. «Bajo el cielo de Palma», «Por unos ojos» y «A la pálida luz de la luna», son una ráfaga sensual y cálida que atraviesa el tumulto del «hot».

EL SECRETO DE LA POPULARIDAD

El caso de una canción que, como «Raska-Yu», haya necesitado años para conocer el favor popular, no es único en los anales in-

trascendentes de la música frívola. ¿Recuerdan aquel «Bésame mucho» de hace dos temporadas? Pues su autora, la mejicana Consuelo Velázquez, lo escribió en 1931. Algunos intérpretes barceloneses intentaron, en distintas ocasiones, aclimatarlo. Pero su melodía aparecía complicada, rebelde al oído. Hasta que Rina Celi tomó por su cuenta la canción. A partir de entonces, y durante muchos meses, no hubo labios juveniles que no suplicasen que les «besaran mucho»...

Como contrapartida de lo expuesto, se da el caso de ver llegar, de vez en cuando, números extranjeros mucho antes que el agente conductor. Por ejemplo, el «fox» «Yam», de la película «Amanda», en programación ahora, cuando hace infinidad de meses que la página musical de Irving Berlin impera en nuestros salones de baile. El éxito del estreno de «La nueva melodía de Broadway» movió a los músicos a desempolvar «Empieza la beguine», de Cole Porter, número musical de esta película, que las orquestas consideraban inexorablemente caducado.

¿Cuál es el secreto de la popularidad de un número musical? Nadie lo sabe. Se lo hemos preguntado a Paco Ortega, director de «Ediciones Ritmo y Melodía», grandes propagadores de música moderna.

—En la difusión de un número —nos advierte Ortega— concurren múltiples factores. Tanto como la inspiración del autor, importan un buen intérprete, la colaboración de la radio y una afortunada versión orquestal... No existe, empero, fórmula alguna concreta. De existir y conocerla, los editores nos haríamos ricos.

Conste, pues, que no hay receta. Que un músico, movido por la fiebre o acuciado por los derechos de autor, siente en un momento bullir en su cabeza una melodía que traslada al papel pautado. Que acude luego a «Ritmo y Melodía», a Algueró, a «Armónico», a «Columbia», a «Ambar» o a cualquiera otra de las varias editoriales que lanzan música en Barcelona. Que acorde con el auditor, va el número a la imprenta, de la que salen a los pocos días las partituras para las mil docenas de orquestas existentes en España. En este estado las cosas, no queda al autor y al editor más recurso que esperar el fallo del público. ¿Se tocará el número? ¿No se tocará? La respuesta llega, finalizado el trimestre, a la Sociedad de Autores en forma de «pequeño derecho», nombre por el que se conoce el dinero procedente de ejecución.

Los locales tributan a la Sociedad de Auto-



Tres «ases» de la canción popular: Palos, Casas Augé, autor de «Tarde de fútbol» y Vicens, autor de «Seducción»

res por este concepto y según su categoría, de treinta a dos mil pesetas mensuales. Muchos más de treinta que de dos mil, naturalmente. En este último grupo se hallan comprendidas en Barcelona únicamente tres o cuatro casas de postín, encabezadas por el Ritz. La categoría de las modestas es, en cambio, extensísima, pues engloba la mayoría de salas de baile domingueras.

CINCO MIL DUROS POR UNA CANCION

Para sacarle a un número tres o cuatro mil pesetas trimestrales, precisa un éxito excepcional. Sin embargo, a base de aportaciones de veinticinco céntimos (cantidad que por término medio percibe el autor por la ejecución de su número), lleva dadas el «fox» «Tarde de fútbol» unas 25.000 pesetas a su autor, Casas Augé, y a sus editores.

Casas Augé representa dentro de la música de «jazz» la erudición y la técnica. En plena juventud, posee ya una historia añeja. A la edad de diez años dirigió con pantalón corto, la orquesta del «Novedades» en la representación de una revista suya. Luego, se hizo un nombre entre los pianistas de «jazz» y los arregladores. Hoy, capitanea la «Orquesta Plantación», de tanta solera entre los locales.

Con todo, no ha perdido Casas su talento de niño prodigio. Mejor que un músico, semeja alumno de una Universidad americana. Quizás sus gafas montadas al aire ayuden a la imagen. Lo cierto es que una timidez congénita disimula en Casas su formidable sentido del humor. Y que con la batuta en la diestra se conduce con una seriedad opuesta

del todo a la payasada que muchos creen consubstancial con el oficio.

«Tarde de fútbol» tiene, también, su historia.

—Primitivamente —nos cuenta su autor— llamábase el número «La trompa loca». Y pasó desapercibido. Cierta día, un rriñosen rebautizarlo «Tarde de fútbol» ponerle nueva letra...

La ocurrencia tuvo su premio inmediato. «Tarde de fútbol» estrenóse en un matino de «jazz», horas antes de un partido «Barcelona-Español». En el caldeado ambiente, la música despertó ecos triunfales. Así nació un éxito.

Entre las grandes liquidaciones del «jazz» puede incluirse también a Augusto Algueró, editor de sí mismo, a quien ha valido «Canción de luna», hasta la fecha, sus buenos seis mil duros. ¡Infinidamente más que si hubiera estrenado cuatro óperas en el Liceo!

Por aquel «Arrullo de amor», inserto en una película, popularizado luego por Rina Medina, ha cobrado Durán Alemany, más de quince mil pesetas.

En la cúspide recaudatoria, un número sustituye a otro. El abusivo favor de la actualidad puede solamente detentarlo una hora. Así, «Raska-Yu» ha sucedido a «Cillozos», la canción de Manuel Palos, cuya sentimental melodía constituyó la pesadilla del pasado año.

¡Otro precoz! Palos que cuenta actualmente cuatro lustros, tiene ya en su haber dos éxitos sonadísimos, pues es también autor de «Sucedió en abril», uno de los mayores triunfos de Rina Celi. Poco después de la Liberación, estrenó Palos en el Coliseum un «Rapsodia en «jazz», obra de grandes aspiraciones, uno de los tantos intentos similares surgidos en el mundo a consecuencia de aquella famosa «Rapsodia en azul», de Gerswhin. Entonces, formaba Palos, parte de la orquesta de Luis Rovira. Hoy, se sienta al piano de la «Gran Casino», mientras imagina y sueña en grandes éxitos teatrales, difíciles a causa de la rutina que preside su vida escénica.

—¡Ah, si a mí me dejaran...!— suspira Palos.

AQUEL «FOX-TROT DE LAS CAMPANAS»

Los grandes éxitos tienen la vida duradera. Jamás mueren totalmente. Murillo compuso hace por lo menos quince años, un marchopasodoble titulado «Tirana», que todavía proporciona mil pesetas todos los trimestres. Y días atrás, el dueño de un establecimiento musical sito en las Ramblas, nos decía:

—¿Creerán que aun se venden partes de piano del «Fox-trot de las Campanas»?

No sabemos si el lector recordará esta pieza que armó una revolución en el alba de los nuevos bailables. Sus autores eran los músicos locales, los maestros Pastallé y V. ladomat. Fué un éxito de nuestra infancia. ¡Y todavía da dinero!

Quizás los sucesos actuales, debido precisamente a su estruendo, se agosten más rápidamente. Asusta establecer la lista de autores y títulos que, aparte los anteriormente citados, conocieron de dos años a esta parte los honores del candelero. «Sólo para tí» de Jorge Halpern; «Noche triste», de Carlos Larrea; «Mío serás», de Sebastián Albarracín; «Mimi Mimosa», de Fernando García; «Eso es swing», de Santiago Crespo; «Carolina», de Jaime Mestres; «Seducción», de Miguel Vicens; «La sombra de Rebeca», de Manuel Salina, etc., etc.

Casi todo, «fox-trots». Se acabaron los tangos, y únicamente la veterana «Cumpleaños», desentumece alguna vez el fuelle de los bandoneones. Se acabarán, también, los pasodobles. Quedan para muestra, algunos pocos, cuyo popularidad triunfa de los años.



Ribalta, Raúl Abril y Pancho Confitura, tres ídolos del «swing» local, reunidos gracias al fotomontaje

(Foto. Suárez)

Hemos apuntado ya el caso de «Tirana». Cabría añadir «En el mundo», de Jesús Fernández; «Flamenca y calés», de José Vilaró; «Calés», del desaparecido Valeriano Millán; «Islas Canarias», de José María Tarrida; y sendos pasodobles de Luis Araque y Octavio Cunill. Acabó, también, el más reciente reinado de los «corridos» y rancheras mejicanas, y el gusto del público, como el fantasma de la película, se desplaza al oeste para deleitarse con las llamadas «canciones vaqueras», género ilustrado por «¡Oh, Susana!», «Tim, Tom, Jim» y «¡Oh, dame un hogar!».

LA HORA DE LOS LAMENTOS SUDAMERICANOS

La melodía se ha enseñoreado del ambiente. Privan especialmente los estilos sudamericanos; gusta la ondulante cadencia de boleros, rumbas y «foxs» lentos. La editorial barcelonesa «Música del Sur», representante de la Southern y otras casas americanas, ha impuesto entre nosotros multitud de autores ultraatlánticos. Los más conocidos son Agustín Lara («Has de volver»), María Grever («Alma mía»), Alberto Domínguez («Perfidia»), Armando Orefiche («Rumbo internacional»), Rafael Hernández («Ahora somos felices»), Cobián («Nostalgia») y Francisco Canaro («Acércate más»). La simple lectura de estos títulos da idea de cuanto melancolía, de cuanto desgana envuelven estas canciones, popularizadas por muchachos llamadas — ¡oh, paradoja! — «animadoras».

El «fox», que empezó a vivir con ritmo saltarín y juguetero, se ha vuelto decididamente lento. Únicamente, en nuestro país, queda Juan Antonio Bou para componer «foxs» rápidos, de los definidos como «estilo Doble Hudson».

La pantalla sonora lanza, de vez en cuando, algún número a la fama. No de cine es-



Bonet de San Pedro canta el «Raska-Yun», acompañado al piano por Palos, autor de «Sollozos»

pañol, cuyo único éxito musical ha sido en un lustro «Piensa, mujer», el «fox» compuesto por Fidel del Campo, para la película «El 13.000». Con mayor frecuencia acertaron las películas americanas en el gusto del público, por lo que en el catálogo de las «Ediciones Armónico» figuran algunas canciones cinematográficas, cuyos copiosos derechos cobran en los Estados Unidos los editores Robins y Brocads.

HORMIGUITAS DE LA PROFESION

¡Música, más música!, podríamos decir, parodiando la frase famosa. Desde el encapetado Rigat al castizo «Bosque de la montaña» en la falda septentrional de Montjuich, pasan de un centenar, las pistas de baile barcelonesas. Las orquestas actuantes en Cataluña, desde la aristocrática «Bernard Hilda» a las integradas por muchachos comarcales que llegado el domingo truecan el arado, las tieras o el martillo por el saxofono, el violín o el contrabajo, suman más de setecientas.

Y los autores... los autores se cuentan por millares. Nosotros hemos presentado únicamente los ases. Detrás de ellos, queda un verdadero alud. Autores de una sola composición, en ciertos casos, y también ejecutantes únicos de su obra. Generalmente, el autor que, a la vez, forma parte de una orquesta, no deja de anotar «su bailable» en la lista destinada a la Sociedad de Autores. Al propio tiempo incluye los números originales de los componentes de orquestas amigas, con los cuales establece un intercambio de favores y complacencias...

De dar crédito a la afirmación de los ases, esta es la plaga que corroe el frondoso huerto del pequeño derecho. Para atajar el mal, la fértil imaginación de los autores consagrados ha ideado un sinnúmero de trucos. Ahora, que como aquí se trata únicamente de ideas musicales, hacemos punto final.

MIGUEL DEL PUERTO

UNA TARDE BERLINESA DE 1896

THEODORE FONTANE

por NESTOR LUJAN

YO había querido siempre imaginarme la tranquila vejez de un escritor. Quería imaginarme no la vejez pobre y seca del hombre que vive, que vegeta en sí mismo en el cual los brazos parecen ahondarse trágicamente en el cuerpo con secas raíces o los ojos cavan una cuenca profunda sólo para poder vivir ellos. Yo quería imaginarme una vejez rica, en plena madurez todavía, abierta ante el mundo, ante las sensaciones, ante el pájaro que vuela, ante una dama joven que se recoge la larga falda para atravesar una plaza. Un escritor viejo que vive todavía en el mundo y no — lo que le sería tan fácil — en el mundo de sus libros. Un escritor que recibe todavía nuevos personajes, que escucha todavía sus nuevos problemas. Al leer — y conocer — Theodore Fontane he reconocido esta sensación que siempre había deseado experimentar. Desde luego, mucho más que ante Goethe, da la sensación de la edad madurada apaciblemente, ricamente, como la porcelana de su vieja pipa bavaresa.

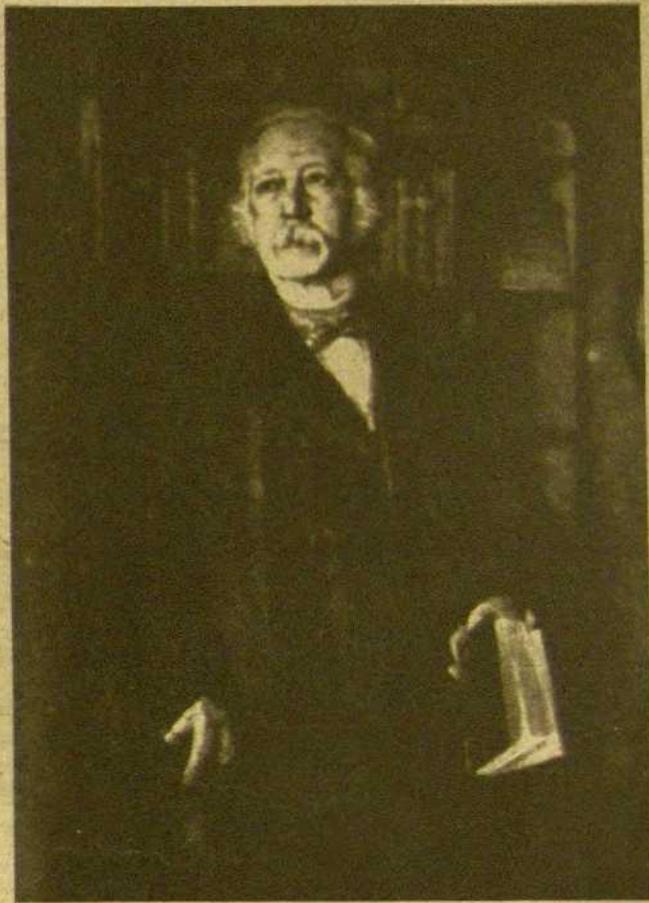
Theodore Fontane va a vivir unos momentos en nosotros en 1896. Se acaba de publicar «Effi Briest». El éxito al fin le ha llegado. Pero el escritor no puede sentirse cansado aunque su vida haya sido larga. Nació en 1819. Entonces Alemania vivía fragmentada y vió en su juventud muchas cosas y, sin embargo, nunca le han sido lejanas. Estudió para farmacéutico. Estudió con una vida desordenada y tumultuosa de estudiante en Berlín. Ejerció en diversas ciudades de Sajonia de farmacéutico y luego se incorporó a prestar su servicio militar en el regimiento «Kaiser Franz» de Berlín. Esto lo ha contado hace muy poco Fontane en un libro (1894), «De los treinta a los cuarenta». Recuerda ahora a sus brillantes oficiales cazados en el lujoso cepo de sus uniformes. Durante estos años de servicio militar ingresó en el «club» literario que formaban escritores más o menos famosos, Storm, Paul Heyse Strachwitz y el pintor Adolf Menzel con el cual tiene grandes afinidades y sobre todo, las mismas dotes de agudo observador. Luego su profesión de farmacéutico ya no pudo satisfacerle y logró, después de contraer matrimonio, partir hacia Inglaterra en 1849, como corresponsal de Prensa. Viajó por Inglaterra y sobre todo por Escocia. Allí aprendió las maravillosas baladas escocesas que son como una vida silenciosa. Conoció entonces que es muy difícil imaginarse algo en poesía, por sencillo que sea. Y entonces empezó a escribir baladas. Ahora — hemos de recordar que estamos al lado de Theodore Fontane en una tarde de 1896 — estas baladas son ya en él seculares. Y en su frente sigue remansándose el río de su vida. Luego volvió de Inglaterra y viajó por Alemania. Alemania es un país rico, riquísimo, de paisajes y de hombres y Fontane invita a sus lectores a subir con él en el pescante de su coche de postas y a escuchar su charla. Fontane sabe mil cosas: sagas, leyendas, tradiciones campesinas. Habla de cuando el final del vuelo de una cigüeña hacia el compañero nos cierra la tarde y nos habla con el sabroso lenguaje del pueblo. El gana para nosotros la confianza de los viejos aldeanos y extrae del tesoro de su memoria valiosas riquezas. El párroco, el juez, el maestro desempolvaban documentos, cartas, diarios y los nobles de los castillos nos entregan las memorias y las crónicas de familia. Así describe la Marca de Brandmburgo; en el pescante de sus libros viajaremos con él en una magnífica ruta. Luego asistió como corresponsal de guerra a las campañas de 1866 y de 1870. Recuerda en 1866 la campaña contra Dinamarca. Atravesaron pueblos a galope. En mi campo de tulipanes cayó el primer soldado con un escopetazo en la sien. El primer oficial quedó en el zarzal de un barranco abierto como una gran mariposa. Su caballo partió hacia el horizonte con locura de cometa. En la campaña del 70 fué hecho prisionero por un grupo de franco-tiradores. Luego Fontane fué extrayendo de todos estos acontecimientos, motivos para sus baladas. Las victorias no le subieron el vino de banderas a su cabeza. Supo cantarlas con la sencillez y la nobleza de las almas grandes. Intenta recordar mentalmente su último poema. Está dedicado a la muerte de Bismark y resuena como un gran bosque; de todos sus poemas es el único que Fontane recuerda exactamente. Es el único que nosotros recordaremos siempre también; se titula «Donde debe yacer Bismark» tiene un gran dios escondido y dice así:

*No en catedral o panteón de hijos ilustres
descanse al aire libre del Señor
al descubierto en la falda de una montaña
o, mejor aún, más bondadamente en el fondo de un bosque,
el Widukind lo reclama para sí:*

*—Era un sajón y por eso es mío
en un bosque sajón debe ser sepultado.
Se descompone el cuerpo la piedra se deshace
pero el bosque sajón permanece.
Dentro de tres mil años llegarán
extranjeros de paso
y, oculto a la luz del sol, verán*

*el suelo del bosque tapizado de yedra
y admirarán con ruidosa alegría su belleza;
alguien les ordenará entonces: ¡Silencio...!
Aquí duerme Bismark.*

A partir de 1870 empezó a escribir novelas. Al principio son reposadas pausas y lento caminar por las vidas. Luego Fontane conoce la obra naturalista francesa. Por vínculos de sangre está dotado de una fuerza de concepción francesa. Posee ahora un lenguaje agudo y objetivo, que vive solo. Adapta, pues, el



Theodore Fontane

naturalismo francés al espíritu alemán. Toda esta carrera ha culminado en «Effi Briest». El novelista tiene setenta y seis años, pero no está cansado en modo alguno. En «Effi Briest» ha dado un magnífico ejemplo de su vitalidad. Sus personajes han vivido una savia riquísima; la prueba de su frescura mental es que no ha forzado la trágica historia de la joven Effi, que sucumbe ante nosotros como una noble imagen azuzada hacia la muerte, con ninguna frase patética. Incluso ha huído del recurso, tan disculpable en una vejez, de usar expresiones poéticas para lograr poesía. Fontane ha escrito con la misma fidelidad que Adolf Menzel pintaba. Ambos quedan ligados por algo más que por una amistad.

Ahora no está cansado. Luego de pensar sobre toda su vida volverá a escribir. Escribirá la historia del viejo Stechlin y será su última obra. Ahora empieza a vivir otra vida y dentro del viejo Stechlin se siente nuevo. Cae la tarde y empieza a escribir; el viento enciende un pequeño rumor en los tilos de «Unter den Linden» del Berlín de 1896.

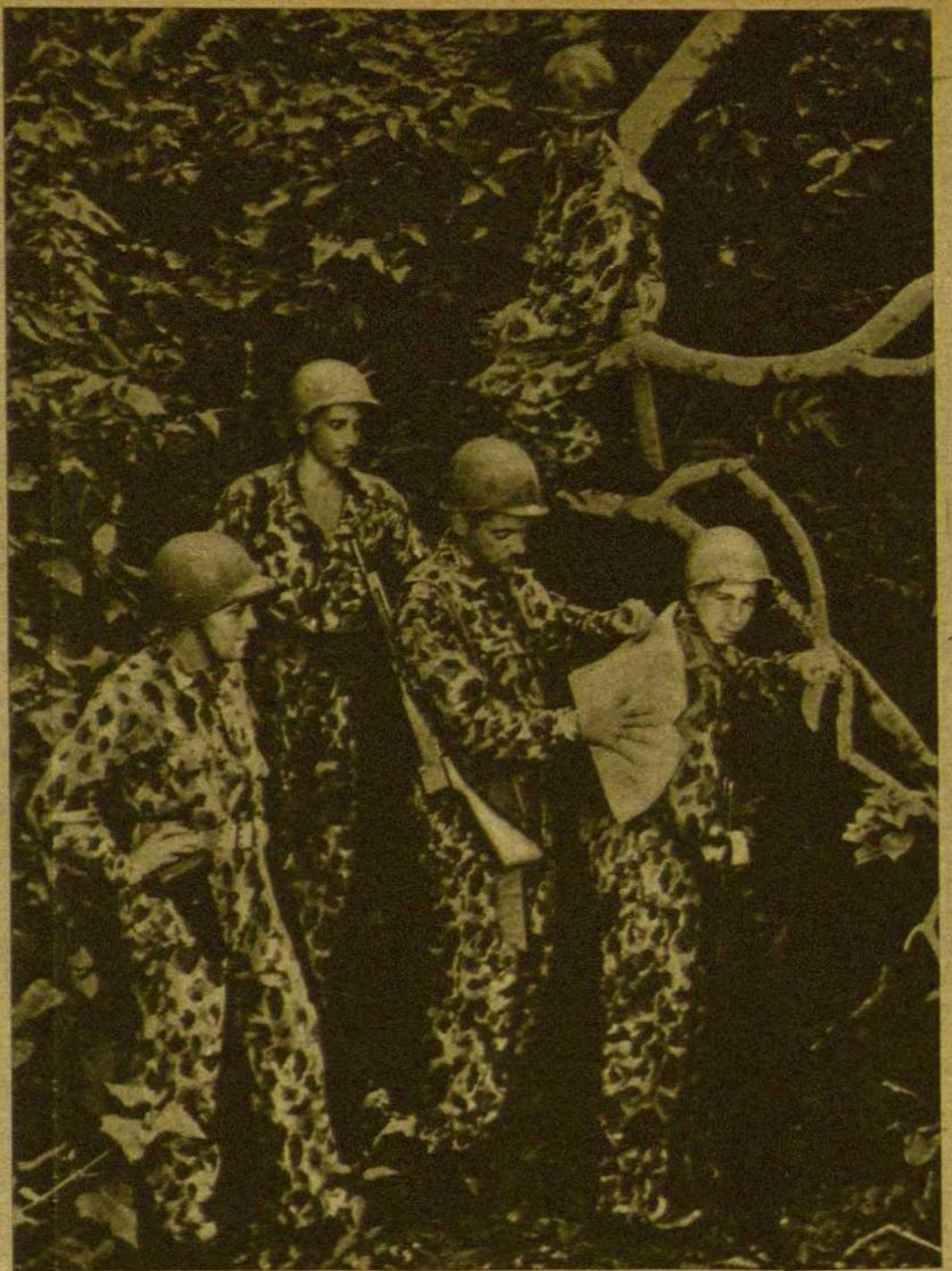
Nunca como hoy podía envidiar a un hombre. Lo más doloroso que puede suceder es la sequedad del tiempo, de la vejez. No sólo de la vejez de edad: a Rimbaud lo secaron las raíces terribles de sus poemas a los veinte años. Ya estaba perdido; si hubiera escrito más, hubiera sido sólo un montón de literatura. La fuerza de Fontane es una de aquellas claras fuerzas que viven en nosotros, a través de nosotros hasta a las gentes que han de venir. Todo el gran cosmos de Thomas Maun y de los grandes novelistas de su generación se inspirará en este mundo postbismarkiano, denso, de Theodore Fontane. Así como existen días en que nada nos es lejano, así existen mentes que siempre viven presencias. En ellas la vida es larga, natural, bondadosa. Fontane dijo aquella tarde de 1896 para su libro «Der Stechlin», «por su aspecto parecía un anciano, pero para aquellos que conocíamos su verdadero modo de ser no era viejo, ni nuevo tampoco, por supuesto. Poseía algo que está por encima del tiempo...»

Acababa de pensar en su propia vida.

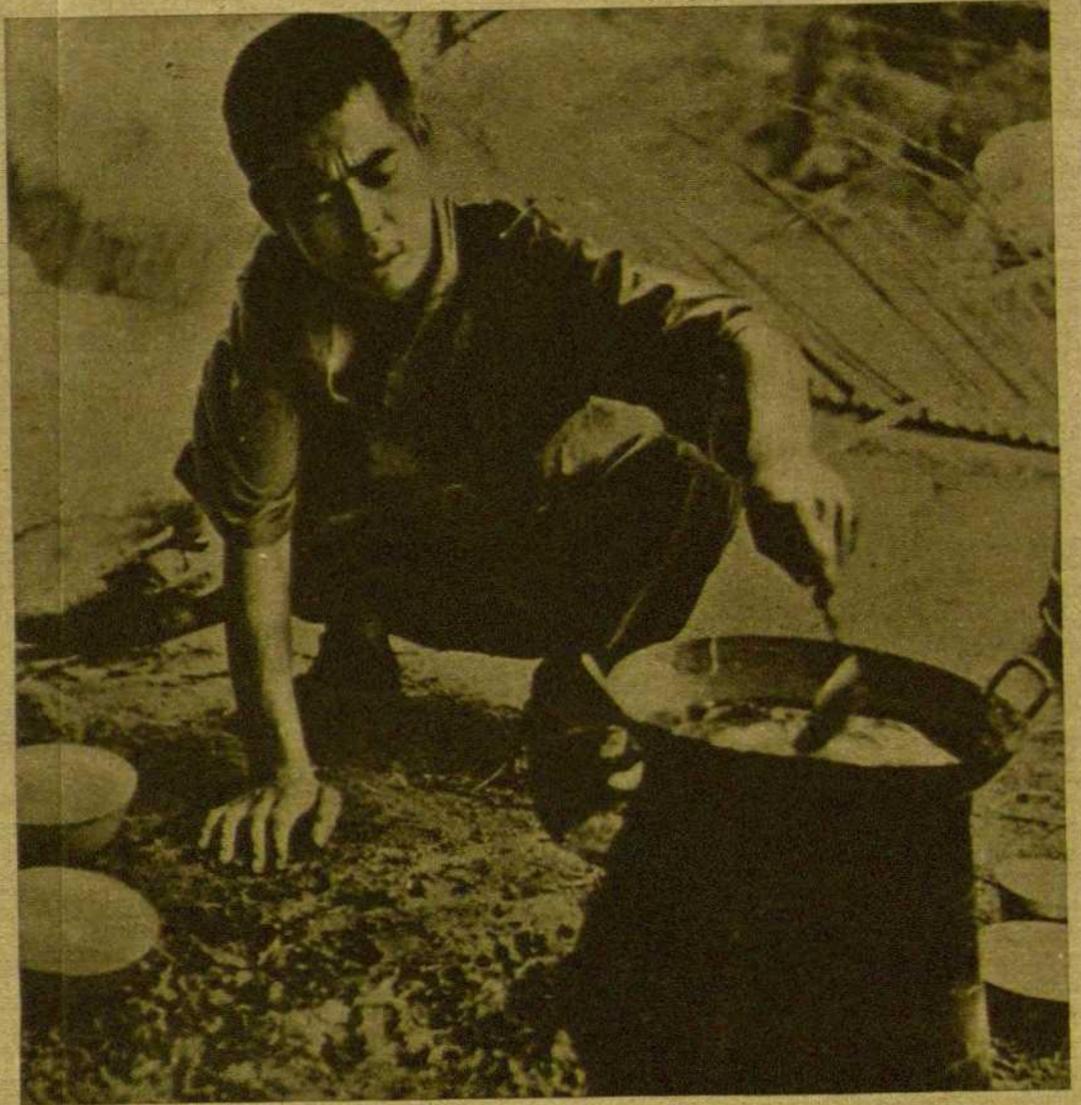
CALENDARIO SIN FECHAS

por JOSÉ FLÀ

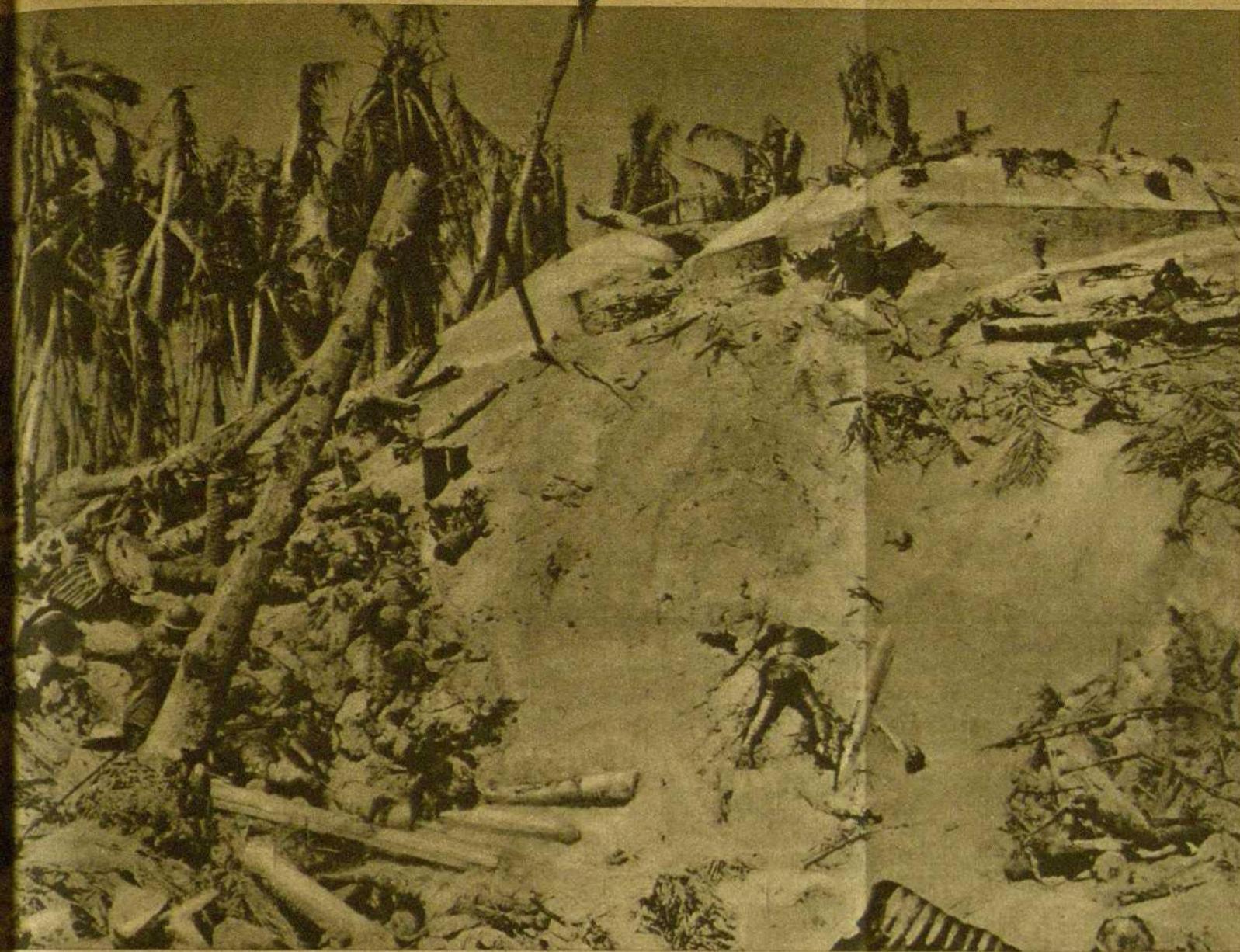
LOS VIEJOS CARNAVALES. — El Carnaval ha sido prácticamente suprimido en toda Europa, debido a lo que periódicamente se suelen llamar las circunstancias presentes. Uno de los países que más lo había celebrado, hasta el punto de tener la fiesta precedentes literarios de gran alcurnia —España— fué el primer país que borró el Carnaval de sus efemérides. Piénsese en aquella descomunal batalla entre Don Carnaval y Doña Cuaresma, del clásico peludo y socarras, el Arcipreste de Hita. En mi adolescencia, el arcipreste era un personaje que solía aparecer, en los periódicos, los miércoles de Ceniza. Pero ya no había para qué. Cuando un servidor de ustedes, hace treinta años, comenzó a estudiar la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona, el Carnaval estaba ya prácticamente muerto. Se celebraba la llamada «rúa». En el Paseo de Gracia ponían las vallas blancas de siempre, se montaban unos tinglados, se construían unas tribunas y pasaban los carros de la «rúa» en medio de estas bellezas. Por las calles correteaban unos mascarones. En las casas había habido «asaltos» donde se habían devorado cestas de «sandwiches». Por aquel entonces los «sandwiches» tenían el corazón robado a las gentes. En el quiosco de la Plaza de la Universidad vendían un «sandwich» de jamón —el jamón era infinitamente más delgado que media oreja de gato— y una caña de cerveza por treinta céntimos. Digo, pues, que se daban los llamados «asaltos» y se hacían los bailes de máscaras del Liceo. Debe de haber en Barcelona una gran cantidad de señoras, madres de familia muchas de ellas, que recuerdan los bailes de máscaras del Círculo Artístico y del Liceo, con gran nostalgia. Tengo entendido que estos bailes eran fastuosos. Jamás asistí a ninguno de ellos. En estos bailes, hombres y mujeres hacían lo que vulgarmente se llama hacer el «tremendo». Todo el mundo hacía el «tremendo». Cuando salían a la calle, después del baile, se veía que habían hecho el «tremendo». Ella estaba celosa de él y él de ella. Ella estaba disgustada con él y él con ella. Digo que se veía. Por aquel entonces —como ahora— soplaban siempre el viento de «garbí», el viento sudoeste. Viento húmedo, desfilbrado, que produce segregación de ácidos tristes en el estómago. Melancolía. Era el momento en que el corte de aire de la salida del baile producía las famosas pulmonías. Las señoritas se envolvían en la «nube». Los jóvenes se subían el cuello del abrigo. No se llevaban entonces bufandas. La bufanda —sobre todo el pañuelo de seda blanco— no lo utilizaban más que los que en el barrio eran considerados como tuberculosos. Se cogían, pues, las pulmonías. En los primeros sainetes de Rusinyol hay alusiones a las personas que en el siglo pasado se murieron a consecuencia de la pulmonía contraída una tarde de Carnaval o al salir de un baile de trajes o de máscaras. Los bailes de trajes. ¡Absurdos bailes! Todavía en «Rebeca» hay uno. ¡Qué vieja nos parece hoy ya la novela de referencia! ¡Un baile de trajes en un castillo inglés! La pulmonía de Carnaval era un tema adecuado para el agrídulce de Don Santiago. Se divierten, luego se mueren —decía Rusinyol— haciendo el antisilogismo tan grato a su lobreguez intrínseca. Pero no todos se morían, con las ojeras. Los demás iban a la «rúa». En la «rúa» pasaban unos carros adornados con una sublime cursilería. A veces se veía un cisne y en la bañera que se producía en sus lomos había unas señoritas con un aire de anuncio de leche condensada. También había el carro de los payeses, pero la gran novedad eran los aviadores. Luego se han popularizado mucho los aviadores, pero entonces —que era cuando no volaban— eran personajes adorables y magníficos. Luego había la bombonera, el «boudoir», las medias de seda, la botella de agua de Colonia, el vermut «Martini Rossi», la pérgola y las aceitunas rellenas. Era una «rúa» de hijos de familia y de carros anunciando productos del Comercio de la plaza. Estos carros pasaban lentamente, algunos tirados por caballos y otros impulsados por gasolina. Y la gente que ocupaba el suelo tiraba «confetti» y serpentinas. Pero todos sabían dónde les apretada el zapato, y el hijo de familia solía tirar sus papelitos a la hija de familia, y viceversa. Porque la «rúa» comenzaba utilizando todo el mundo la careta, pero luego se prescindía de la misma y cuando se encendían los arcos voltaicos del arquitecto Falqués, ya la gente se descubría. La «rúa» bajaba por las Ramblas y pasaba, según decían, por la calle de Fernando a última hora. Era el momento de las pulmonías. ¡Abriarse bien, hijas mías! ¡Carmen, ten cuidado! —decían las mamás en el momento del embarque. Al atardecer, en el Paseo de Gracia había una polvareda. Las luces del poniente, que ya empiezan a enrojecerse en esta época, daban a aquello un fondo de lejano incendio de teatro. Todo era muy frío y como de encargo. La gente bullía porque se consideraba obligada a bullir, a gritar y a tirar serpentinas. Supongo que en medio del bullicio los tímidos triunfaban y decían, haciendo grandes esfuerzos, lo que en todo el resto del año no habían podido decir. En el cinco de Oros estaban las autoridades y el último día repartían los premios. Recuerdo haber visto un año allí, bajo la lustrina tribunicia, al general Weyler. De las autoridades de Barcelona de mi tiempo no queda más que Riber, Don Manuel Riber. ¡Bravo, Riber! Esto se llama tener el sentido de la continuación y todos sus innumerables amigos estamos satisfechísimos de verle tan pimpante, joven y opuesto. El premio lo solían ganar, casi cada año, los del «Martini» —los del «Martini» o los de las lámparas, no recuerdo—. Cuando la «rúa» se desprendía del Paseo de Gracia y entraba en las amplitudes de la Plaza de Cataluña —que en aquella época era tan triste y destaralada como ahora— los carros seguían en fila india, separados entre sí por espacios de aire de una devastación inmensa. Los embarcados, entonces, callaban, no echaban papelitos y parecían pingajos deshinchados y mustios. Luego, en la Rambla, la cosa se volvía a animar, pero en la Rambla la cosa tenía más desgarró, porque de las bocacalles de la izquierda, conforme se baja, solían aparecer grupos de mascarones a pie, de un color entre sopa de pescado y bacalao a la vizcaina, que daba miedo. Estos mascarones eran sarcásticos y angulosos y su crepitación era intensa. En el centro se veía algún papá y mamá, con las chiquillas delante, la baturra o la gitanilla —o el chico vestido de payés o de Charlot, que era un tipo de mucho éxito—. Pero, lo repito: todo estaba ya muy frío y yerto, y a las diez y media de la noche, cuando todo estaba terminado, la ciudad quedaba dolorida y desarbolada, como una mandíbula que le han sacado los dientes. El polvillo rojizo que quedaba en el halo de los arcos voltaicos tardaba toda la noche para posarse en el suelo.



La difícil y terrible guerra que tiene lugar en las selvas de Nueva Guinea, ha obligado a los soldados norteamericanos a revestirse de este curioso uniforme. Confundidos con la misma vegetación vemos a una pequeña patrulla estudiando el plan de operaciones



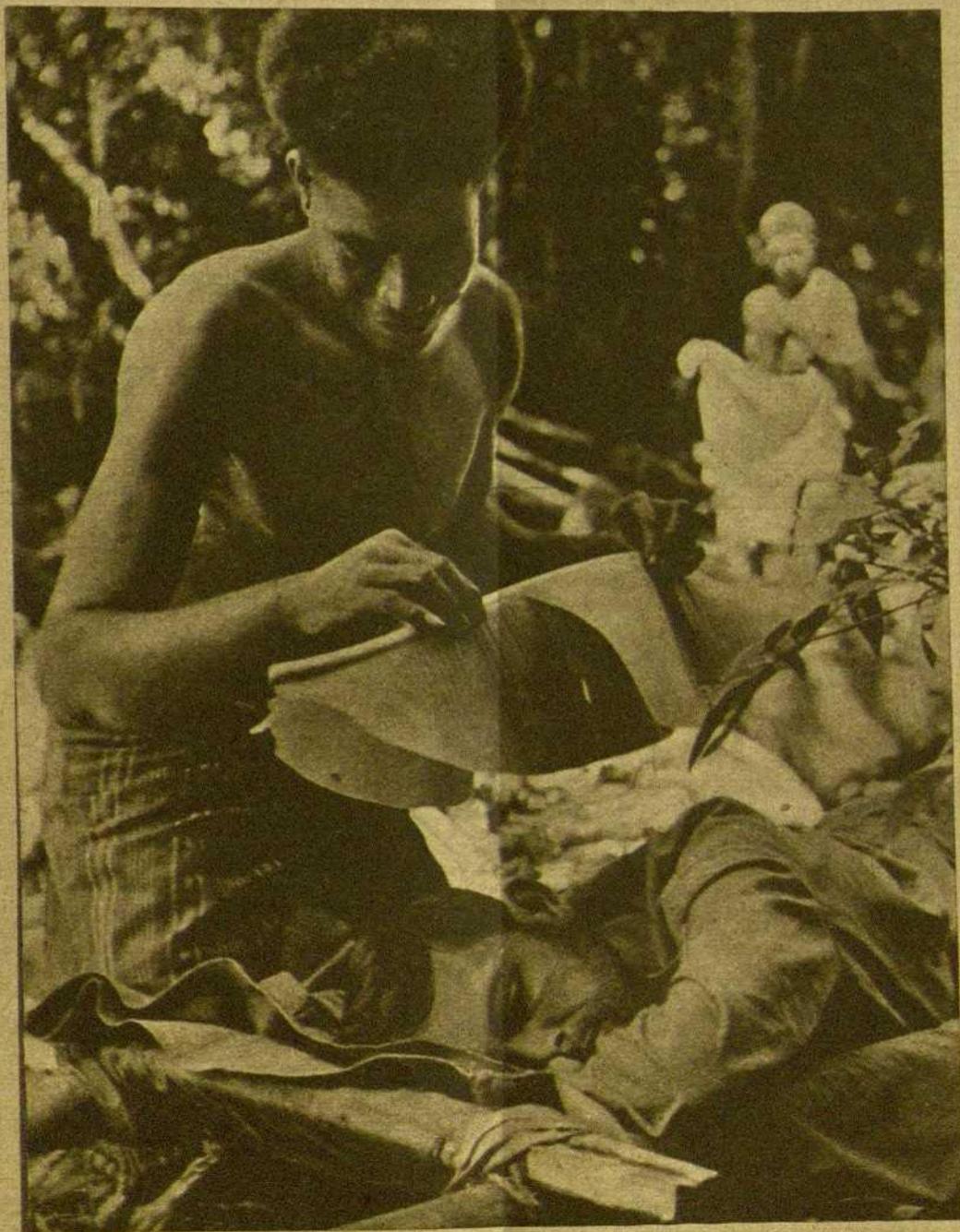
Los japoneses han sido siempre unos hábiles e inteligentes cocineros. Este prisionero de guerra vuelve a dedicarse a sus pacíficos menesteres una vez restablecida la normalidad en uno de las islas ocupadas por los norteamericanos



Una muestra elocuente de la feroz lucha que el Japón impone en el Pacífico. Montones de cadáveres se hacinan entre los escombros de los fortines que defendían el atolón de Tarawa. — El fanatismo del soldado japonés no admite término medio y muchos de estos hombres se han dado la muerte voluntariamente



Las fuerzas de choque se deslizan hacia las canoas para conducirlos a las playas durante uno de los recientes desembarcos en las islas Gilbert



Un soldado herido, espera, bajo el implacable sol de los trópicos, su traslado al hospital, mientras un aborigen le procura un poco de sombra

MES DE FEBRERO

Generos

BLANCOS

*Gran sueldo en Mandelarias Japonesas
como Regio anterior. Las Blancas de*

ALMACENES JORBA

Librería Hispania

ESPECIALIDAD EN LIBROS DE LUJO Y AUTORES CLASICOS

Diputación, entre Paseo de Gracia y Rbla. Cataluña

MARIA JANÉ VILATA

MOLINO DE ACEITE
CALVARIO, 28
OLESA DE MONTSERRAT

SINDICATO AGRÍCOLA OLESANÉS

Adherido a la C. N. S.

OLESA DE MONTSERRAT

Hermanidad Sindical de Labradores

OLESA DE MONTSERRAT

BAR - RESTAURANTE

MONTAGUT

Las mejores comidas.
El mejor servicio.

Anselmo Clavé

OLESA DE MONTSERRAT

ARTE Y LETRAS

Entre líneas

ALGO SOBRE POESIA

por AZORIN

VALLE INCLAN EN EL ATENEO

Cierta conferenciante del Ateneo estaba aburriendo a su auditorio, cuando se oyó en la sala un rebuzno. El orador, detuvo su peroración y, sulfurado, exclamó: «Es una prueba de incultura el ponerse aquí a rebuznar». Don Ramón del Valle Inclán, respondió: «No ha sido nadie, señor; es que la sala tiene eco.»

—Tengo en mi archivo —decía una dama erudita, ya entrada en años— una carta del cardenal Cisneros. Y Valle Inclán le preguntó: —¿Dirigida a usted?

EN EL CAMPO FALTAN BRAZOS

En uno de estos últimos días, escuchando la radio, pudimos oír la voz de nuestro amigo Juan Antonio de Zunzunegui. En términos vehementes se refería nuestro novelista a ciertas críticas aparecidas en la Prensa sobre su última novela: «Ay... estos hijos», y resumiendo en una frase un soberbio desdén hizo la afirmación de que «en el campo faltan brazos». Juan Antonio de Zunzunegui quizá exagera un poco. Es indudable que algunos de nuestros críticos han hablado de su obra con unos términos que justifican su despiante. Pero no lo es menos que sería mínimo el alivio que representaría para nuestra agricultura el cambio de oficio de estos críticos. En frente de ellos hay una opinión exactamente contraria. González Ruiz, en «Ya», afirma: «Creo que la novela maestra del año es «Ay... estos hijos». Antonio Tovar, en «Pueblos»: «Juan Antonio de Zunzunegui ha logrado un progreso definitivo y un último escalón triunfal en su carrera de novelista». «Semana»: «Ay... estos hijos» es una obra maestra». Fernández Almagro, en «A B C»: «La construcción resultante, con abundancia de magníficos elementos, presenta el porte de esas grandes fábulas novelescas, a la manera clásica, en que el mundo exterior se mete por las ventanas y el arte acaba por hacerse Naturaleza e Historia.» No citamos más, porque es indiscutible que la obra de Zunzunegui ha batido el «records» de comentarios. Y los que pueden promover su irritación se podrían contar con los dedos de una mano.



CANONES EN EL VATICANO

Arturo Lancellotti cuenta en su libro «Mundo Vaticano» que en la guardia armada del Papa ya no existen hoy los rigores de un ejército, y sin embargo, aun bajo Pío X, cuando fué nombrado comandante el coronel Repond, que procedía del ejército regular suizo, quería regir a sus 133 soldados de la Guardia Suiza bajo un criterio militar. Todas las mañanas, a las cinco, les sometía a ejercicios tácticos, tiro al blanco, excavación de trincheras en los jardines del Vaticano.

Repond quiso exponer personalmente su plan militar. El Papa Pío X le acogió con su benevolente sonrisa. Pero cuando el coronel Repond le habló de dotar al ejército de cañones y colocarlo en la techumbre de la Basílica de San Pedro, preguntó estupefacto: —¿Cañones? ¿Y para qué? ¿Para dispararlos?

El coronel quedó confuso, no osando llevar hasta tales extremos sus planes militares.

—No, Santidad —contestó turbado. —¿No...? —repuso el Papa. Y le despidió con una dulce sonrisa.

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE CHARLES NODIER

El 27 de enero de 1844 moría en París Charles Nodier, rey de los cuentistas franceses. Aunque parisino por adopción, representó toda la provincia literaria que tantas veces había defendido. Nació en Besançon. Recorrió varias veces los montes de Jura como entomólogo, naturalista y poeta, y consagró una obra a la descripción de esta comarca. Su hija María, futura musa del Romanticismo, nació en 1811. Hoy en Francia, a los cien años de su muerte, el Comité de Amigos de Charles Nodier se propone celebrar su recuerdo con diferentes actos literarios.

LA poesía se hace con ideas y... con otra cosa. Abramos una antología: «Yo vi sobre un tomillito quejarse un pajarillo...» ¿No hay aquí una idea? Por cierto que no se dice nunca sobre un tomillito; si le preguntamos a alguien que estaba contemplando un verdorón en un almendro, nos dirá: «Estaba viendo cómo iba de un lado para otro un verdorón y luego se posaba en el almendro.» El poeta, en los versos citados, expresa la idea de ver un pájaro en un árbol. Vamos a otro ejemplo: «Fabio, las esperanzas cortesanías prisiones son...» Las prisiones, en este caso, excusadas es decirlo, no son ni las mazmorras, ni los calabozos, ni la prisión atenuada en el propio domicilio; las prisiones son esposas, grillos, cepos, bretes; a las cuales se puede añadir los ganfiones, prisiones de los dedos, de que no habla el diccionario, mencionados en una de las más nombradas comedias de Ruiz de Alarcón, donde los tales ganfiones, inusitados modernamente, desempeñan un papel importante. Pues el poeta —que muchos quieren todavía que sea Rioja— en esos versos expresa la idea de que quien va a la Corte, llevando sus esperanzas, esperanzas en el amparo de un magnate, es prisionero de su propia ilusión. Tercer ejemplo: «Moza tan hermosa non vi en la frontera...» El poeta, marqués de Santillana, nos dice que pocas mujeres —o ninguna— ha visto como una serrana que vivió en la sierra. ¿Se necesitarán más ejemplos? ¿Habrá en nuestras antologías alguna poesía que no esté forjada con ideas? La poesía se hace con ideas y... con cadencia. El paso de la cadencia a la música, como arte independiente, es tentador. En esa tentación cayó Mallarmé. Se penetra, como poeta, en el terreno de la música, y no se sabe a donde se irá a parar: a los desconciertos de Mallarmé. ¿Y dónde encontraremos música en las incoherencias de nuestros mallarmistas?

Góngora es desentrañable; Góngora va a una parte, y Mallarmé va a otra. No sabemos si el mortal accidente que tuvo Góngora influyó en su nueva modalidad; el soneto en que el poeta habla de que estuvo sumido «en un parasismal sueño profundo» es bellissimo; a veces se nos antoja Góngora como un poeta, único entre nuestros poetas, que compone sus versos con oro, carmín, laca y nitido blanco. Sin que lo queramos, se nos vienen a las mientes los delicados pintores japoneses. Ante todo, percibimos en Góngora la sensación de la brillante y matizada laca. No sabemos si en el verso que vamos a copiar hay una errata; si la hay, habrá ocurrido, en este caso, lo que ocurrió con Malherbe, en la más sonada de sus poesías. Rosette se convirtió en rosa, y de esa errata o confusión del tipógrafo, dimanó la más bella idea expresada por el poeta: «Y, rosa, ha vivido lo que viven las rosas». La diferencia es notoria entre esta versión mendaz y la auténtica: «Y Rosette ha vivido lo que viven las rosas». Volvamos al verso de Góngora: «Aljofar blanco sobre blancas rosas». En otras versiones se dice: «Aljofar blanco sobre frescas rosas». Y también la errata —en el texto de Ramón Fernández— mejora, evidentemente, la idea. Se hace con ideas y con cadencia la poesía; pero, ¿se puede llegar con la idea a lo absoluto? Lo absoluto es el culmen casi inaccesible —o enteramente inaccesible— a que debe aspirar el poeta. Con esto, dejando el terreno de las ideas, entramos en la zona de lo inexplicable. Mallarmé está con nosotros; lo hemos practicado mucho y nos deleita, cuando lo leemos ahitados del tradicionalismo falso. ¿Cuál es el propósito de Mallarmé? Llegar a lo absoluto; para llegar a lo absoluto se sirve de los vocablos, no en su significación natural, sino como meros signos. Nada más curioso que leer las descripciones que los contertulios de los famosos conciliábulos en casa de Mallarmé hacían de esas reuniones; no todos han confiado al papel su sentir sincero. Había en Mallarmé, por su finura, por su delicadeza, un efluvio personal

que envolvía a sus amigos; gran parte de la nombradía del poeta se debe al influjo de su persona: en los gestos y en las palabras; añadiríamos que también en los silencios. La obra de Mallarmé es escasisima; se compone de algunas poesías; no dió Mallarmé todo lo que hubiera podido dar. Todos sus esfuerzos se resolvieron, en tentativas. La misma aspiración que llevó al verso, llevó a la prosa: quienes en España siguen las huellas de Mallarmé se afincan en el verso, y no pasan, cuando escriben en prosa, a darnos una prosa semeja del verso. Husmo es tal timidez de que no es sincero en muchos de nuestros poetas —no decimos en todos— su mallarmismo, sepan o no sepan que es mallarmismo lo que están labrando; pudiera darse el caso, que al igual que un personaje de Molière hablaba en prosa sin saberlo, muchos de nuestros poetas —repito que no todos— estuvieran haciendo mallarmismo ignorándolo. Según uno de los contertulios de Mallarmé, el poeta «se declaraba incompetente en otra cosa que no fuera lo absoluto». Y enunciaba el siguiente principio: «Nombrar una cosa es suprimir las tres cuartas partes del placer, en el poema, hecho para ser desentrañado poco a poco». El contertulio de referencia agrega: «Los vocablos, los pobres vocablos, que tantos poetas, atollados en lo Relativo, por no haber conocido la región donde vivir, habían creído adecuadas a expresar sus sensaciones, sus sentimientos y sus ideas, Mallarmé los acusa de no representar suficientemente los conceptos». No es preciso añadir más; pero observemos que, aun en el caso de no hacer poesía con ideas, siempre se traiciona el poeta; algunos de los más bellos poemas de Mallarmé son poemas de ideas. Y cuando los exégetas —un Gustavo Cohen o un Federico Lefebvre, por ejemplo— explican a Paul Valery, emplean mil sutilezas para convertir en ideas, claras ideas, lo que el poeta ha expresado fuliginosamente. Fuera de que ni Mallarmé ni nadie puede saber lo que representa lo Absoluto en estética. Lo Absoluto puede ser todo y puede ser nada.

Critica de lo anterior. — En el anterior artículo hay partes certeras —las menos— y partes confusas. La argumentación es controvertible. No sabría el autor decirnos, con referencia a la poesía, qué es cadencia y qué es música. La única exculpación del autor sería decirnos que tampoco sabrían tal cosa ni los simbolistas, que allanaron el camino a Mallarmé, ni el propio autor de la Siesta de un fauno. No es fácil la tarea. No se podrá nunca explicar de qué modo se pasa de la cadencia a la música: lícito nos parece que un poeta haga cuanto su estro le dicte para laborar una bella obra. Y si se asegura que la poesía no es la idea, sino la música, no habrá inconveniente en admitirlo. ¿Y qué haremos también con la pintura? Con los simbolistas, ¿no mandaron en el Pindo los parnasianos? ¿Y qué son los parnasianos sino pintores? No podríamos prescindir, al hablar de pintura, de los «lacustres» ingleses; escuela poética más delicada no la habrá en Europa en mucho tiempo, si es que la hay alguna vez. Pero la objeción capital que podemos hacer al autor, en su repudio a la música, es reproducir un precioso texto que teníamos preparado para este lance. Dice así: «El escritor prosista ha de cortar o dilatar la medida de sus frases, interpolar el claro y el oscuro, los llenos y los vacíos, para evitar la simétrica sonoridad. Pero el poeta puede pasar a ser músico; y como toda música tiene tonos y compases, de consiguiente tiene reglas para la composición. No puede darse nada más absoluto. ¿De quién se creará que son tales palabras? ¿Y cuándo han sido escritas? Cuentan con más de un siglo. Quisiéramos intrigar un poco al autor del anterior artículo, y con él a los adeptos de la poesía-ideas. Pero nos contenemos: escribió las palabras citadas don Antonio de Capmany, en su Filosofía de la elocuencia. Y nosotros las hemos transcrito de la edición —conforme a la de Londres de 1812— impresa en Gerona, por el buen artífice Oliva, en 1826, página 74. Con esto damos fin a nuestra censura, que pudiera ser más acerba.—AZORIN.

ESCAPARATE

Fray Dionisio Vázquez: «SERMONES». Prólogo y notas del P. Félix G. Olmedo, S. J. «Clásicos Castellanos». Madrid, 1943.

En el vasto retablo de la literatura española de los siglos XVI y XVII la oratoria sagrada ha constituido, hasta hace muy poco, un riquísimo filón inexplorado. En contraste con la profusa bibliografía que ha enriquecido el estudio de nuestra mística, cabe afirmar que, hasta la publicación del «Sermonario Clásico», de Miguel Herrero, no se había intentado un análisis sistemático, ni siquiera un esquema impreciso, de la profusa labor de nuestros predicadores. Hoy, después de la inapreciable antología de Miguel Herrero, el P. Félix Olmedo nos ofrece una edición de los «Sermones» de Fray Dionisio Vázquez, de la Orden de San Agustín, doctor en santa Teología y predicador de Su Majestad en la corte de Carlos V. Fray Dionisio Vázquez ha sido en España un verdadero renovador de la oratoria sagrada. El sabor castizo de su

prosa, el cálido empuje de su elocuencia, rebosante de giros y de frases populares, destellante de imágenes asombrosamente expresivas, le convierte en el verdadero maestro de nuestra autóctona escuela de predicación, aquella que, en manos de un Juan de Avila o de un Fray Luis de Granada, se rebeló contra los más rígidos preceptos de la Escolástica y creó un nuevo arte de elocuencia sagrada. Actitud análoga, como notaba muy bien Miguel Herrero, a la de nuestros autores dramáticos que, aboliendo los dogmas de la preceptiva seudoclásica, crearon un arte nuevo de hacer comedias.

A través de la asombrosa riqueza idiomática de este sermulario, en su incontable profusión de alusiones e imágenes bíblicas, que rebasan su primitiva concepción aristocrática, para entrar de lleno en el sentir popular, alienta la misma confusa mezcla de aristocratismo y popularismo que late en la prosa transida de nuestros místicos, en la sátira mordaz de nuestra picaresca, en el espíritu para-

dójico y audaz de nuestro naturalismo barroco.

Queda muy lejos todavía la suntuosa voluta retórica de nuestros predicadores barrocos, aquella alambicada y conceptuosa agudeza con que, ante algún retablo de Berruguete, Fray Hortensio Félix de Paravicino, pronunciaba su sermón de Santa Teresa, o aquel primor de elegancia culta, de que hacía gala Fray Manuel Guerrero Rivera en su sermón de la Conversión de la Magdalena. Con todo, ni en Fray Dionisio Vázquez ni en el postero de nuestros predicadores barrocos, la prosa sagrada de sus sermones tiene nada que envidiar a la más lograda de nuestros místicos. Aportación inculcable a la historia de nuestras letras y que abre en la oratoria un nuevo campo insospechado.

«EL VIAJE A TILSIT», por Hermann Sudermann. — Traducción de José Leonart. — Colección Retablo. — Ediciones Nausica. — Barcelona.

Sudermann es un apasionado de las formas indirectas. Con ellas llega a pulsar el bordón sentimental con precisión de virtuoso. En «El viaje a Tilsit», cuento trabajado con los más simples instrumentos literarios —pro-

sa directa y ausencia de metáforas— consigue la intensidad dramática por vías de lo intencionado, dando toda su vigencia a lo fatal.

Así en «La moza» —segunda de las dos novelas que contiene el libro— en la que la capitulación novelesca, aun cuando deponga la belleza del final a una serie de circunstancias concatenadas por la fatalidad, se mantiene viva y nervada por el golpe reiterado de la varita mágica de las sugerencias. Es notable esa forma de narrar que supedita la sospecha mental del lector a unos hechos que se resuelven sin explicación, en unos tipos elementales que sólo razonan con el instinto y con los prejuicios del instinto.

Ese aparato formal, sujeto a la contabilidad racial del novelista, en la que cuentan los rusos y los escandinavos como tradición, logra momentos de una belleza tan pura como la línea recta. Parecen obras hechas con la tierra y sin más esfuerzo que un soplo.

La traducción, vigorosa.

Carolina Coronado: JARILLA. Prólogo de Montenegro. Ilustraciones de Marta Ribas. — Biblioteca Selección núm. 14. — Montaner y Simón, S. A. Barcelona, 1943.

Además de poetisa famosa en su tiempo, y apreciada en nuestros días, Carolina Coronado fue gran prosista, lo que no es común entre poetas. Abi está la novela-histórica que el Editor tiene el buen gusto de sacar del olvido y ofrecernos en un tomito manejable y bien presentado. Si se tienen en cuenta los estragos producidos —aquí como en el resto de Europa— por la moda caballerescas y amanerada introducida con las novelas de Sir Walter Scott y la escasa edad de la autora —aunque sumamente precoz en la gloria— cuando escribió su novela, no ha de extrañar que «Jarilla» sea una madeja de lances tan complicados como artificiales. Una doncella mora, que resulta ser fruto de los amores de su madre con un caballero cristiano; mientras que el que pasa por su padre ha tenido, por despecho, en mujer del caballero al que ha de ser galán de la protagonista. El doncel, por amor de su bella, abraza el mahometismo, sin saber que Jarilla es secretamente cristiana, y anda metido en toda suerte de pruebas que acaban del peor modo. Y todo ello complicado con matrimonios frustrados, devaneos de reinas, conjuraciones de señores, las mañas de don Alvaro de Luna y la supuesta candidez del marqués de Santillana. La auténtica maravilla.

Sin embargo, el valor de la novela no estriba en eso, aunque fuerza es confesar que deleita en gracia de su misma fantasía. El mayor mérito de estas páginas, lo que mueve a leerlas hasta el final, estriba en la galanura de su estilo, la belleza y concisión de las descripciones, lo apropiado de los términos y, sobre todo, el aire condescendiente y un tanto irónico que adopta la autora para corregir, de vez en cuando, a sus personajes. En suma, su modernidad: pese a que se han cumplido los cien años de «Jarilla».

LIBROS RECIBIDOS

Castello Branco: «La aguja en el pajar». Traducción Montenegro. — Montaner y Simón, S. A. — Barcelona.

José Nyro: «El Uss» (novela de las sierras nevadas de Transilvania). — Ediciones Madrid. — Traducción F. Oliver Bruchfeld.

Rafael Estrada: «El ástirante don Antonio de Oquendo». — Espasa-Calpe, S. A. — Madrid. Colección Historia y Leyenda: «Jaseo, Néixer de Balbes, Santa Teresa de Jesús, Genzhis Khan». — Editorial Molino. — Barcelona.

«Las mil y una noches» (serie 1.ª y 2.ª). — Editorial Maucci. — Barcelona.

Mn. Francisco de P. Baldeño: «La música en Barcelona». — Librería Dalmau. — Barcelona.

A. Mariutti de Sánchez Rivero: «La Comedia del alma», de Miguel Ángel. — Espasa-Calpe, S. A. — Madrid.

M. Ramis Alonso: «A propósito de «Examen de ingenieros». — Editorial Politécnica. — Palma de Mallorca.

Ellyer Queen: «La ciudad desgraciada». — Editorial Maucci. — Las Novelas de la Palma. — Barcelona.

Colección Violeta: «El despertar de la conciencia. Anhelos de juventud». — Editorial Molino.

FAYANS CATALÁN

AVDA. JOSE ANTONIO, 615

EXPOSICION

Mateo Serra



GALERÍAS AUGUSTA

Av. Generalísimo

Franco, 478

BARCELONA

EXPOSICION

de importantes obras de pintores de los siglos XIX y XX

Del 19 febrero al 3 marzo

LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

Luis Masriera (Sala Gaspar)

EN el catálogo de esta Exposición de Luis Masriera puede leerse, a renglón seguido del nombre del pintor, la siguiente aclaración: pintura anecdótica. Este adjetivo nos conduce inmediatamente al propósito fundamental de estos óleos. Puede verse en ellos un impecable sentido de la composición y el color; pero sería ridículo subestimar en beneficio de estos valores pictóricos intrínsecos lo que constituye el verdadero centro de interés de las escenas. Literatura expresada en forma plástica, traza cierta agudeza costumbrista, la ilusión de fijar las formas espirituales de una sociedad. La pintura pasa a segundo término, ante unos valores más inmediatos y decisivos. Las «Doce horas de la dama blanca» son una buena muestra de este tipo de pintura narrativa, sagaz en la observación de un ambiente teatral y decorativo, en la forma de amenizar los hechos y los gestos de esta blanca protagonista que se nos presenta a nosotros dedicándose a sus intrascendentes ocupaciones diurnas; el café, la siesta, el concierto, el paseo, la visita, sombras chinescas... Nombres que nos evocan los capítulos de un tratado de urbanidad, corroborando esta impresión la forma modosa y cuidada con que el pintor va fijando en la tela los plácidos incidentes de estas deliciosas preocupaciones femeninas.

Alejandro de Cabanyes (La Pinacoteca)

Alejandro de Cabanyes ha vivido intensamente la vida de nuestras costas. Las playas dilatadas y suaves de Villanueva y los rincones más abruptos y dramáticos de nuestra Costa Brava son los constantes motivos de inspiración de este notable pintor. Se nota en sus óleos un esfuerzo constante para darnos a través de su fuga característica, la realidad de las líneas de una barca, el tono exacto de unas olas encrespadas, el perfil vivo y fluctuante de una playa. Es una captación rápida e inteligente de los elementos de la realidad. La perspicacia y agilidad de su pincel coincide con cierta marginal comprensión del impresionismo, muy característica de algunos de nuestros más esclarecidos paisajistas de la anterior generación; Meifrén, Mir, etc.

A Alejandro de Cabanyes se le encienden continuamente los colores y las formas. Hay en sus mejores óleos un arabesco casi fabuloso que es el secreto de su gran elocuencia expresiva. Gracias a esta especie de fuga, sus obras adquieren una indiscutible originalidad. Un incontenible crescendo les da su sugestiva elegancia rítmica. Tonales ardientes, escorzos violentos, continua agitación de la atmósfera. Si por una parte son fieles reflejos de la realidad tantas veces saboreada, por otra tienden a presentarnosla con una simpática y arrogante exageración. La naturaleza vive en estas telas sus momentos más bellos y exaltados.



Alejandro de Cabanyes. — «Marina»



Mallol Suazo. — Pastel

Mallol Suazo (Sala Rovira)

Los dibujos al pastel de Mallol Suazo son opulentos, sabrosos, como fruta madura. Este artista sabe dar al color una portentosa profundidad. Posee una cocina pictórica excelente que pone al servicio de una concepción intimista del arte. Sus figuras viven en unos interiores cerrados, oscuros y misteriosos como los sueños. Todo adquiere una enorme fuerza de evocación, un lánguido y plañidero sentido que hace más hiriente todavía la firmeza del color que pugna para en-

cenderse, el leve asomo de la luz que baña las cosas con densidad acuosa. Extraordinaria capacidad poética que se expresa únicamente con procedimientos pictóricos. No naufraga el pintor en su nostálgica evocación de la carne y de la sangre, porque ésta se insinúa en forma subrepticia, inconsciente casi. Como todo artista, Mallol Suazo tiene sus temas, sus tendencias innatas. Pero más que imponerlas, se le imponen a él y, por eso, son tan puras e incontaminadas.

En sus últimos tiempos, Mallol Suazo se nos presenta intensamente pre-

ocupado por simples problemas de procedimiento. Quiere agotar las posibilidades de la técnica utilizada, llegar a su máximo de justeza y de fuerza. Si además de este continuo progreso en la comprensión de lo que es su materia expresiva, nos da también el singular acoso de su intenso neorromanticismo, es porque su innato temperamento de artista se resiste a desaparecer en lo que haya en la etapa actual, de simple aprendizaje, de ininterrumpida y convincente progresión en el dominio de un estilo.

Marqués-Puig (Sala Busquets)

Marqués-Puig es de los que creen que la misión de la pintura no se reduce solamente a halagar una sensibilidad cromática. «La pintura — dice — ha consistido siempre, para el pintor, en convertir o «vestir» de imagen cuanto ha percibido y sentido, todo lo que ha imaginado, pensado, utilizado; en una palabra, el mundo exterior y el interior, estos dos grandes interlocutores de la conciencia.»

Conforme con este criterio, Marqués-Puig nos ofrece una serie de óleos que son otras tantas ilustraciones a temas de toda índole: históricos, bíblicos; literarios, realistas, etc. Con minuciosidad detallista nos sumerge en un mundo que despierta un ardiente vaho romántico. Grises de cielos tempestuosos, verde de esmeralda alusivo a un paraíso perdido, dramáticos contrastes de color que subrayan el movimiento de unos personajes apasionados — Venus, la mujer de Putifar y José, la humanidad del Diluvio Universal, abundancia de niñas y de animales fabulosos —. Posee el pintor una innegable fuerza imaginativa que se nutre de toda clase de fuentes. El melodrama y la ópera influyen con su ambiente en estos personalísimos y audaces visiones de un mundo de leyendas. Estos sorprendentes personajes que viven su drama y su emoción entre selváticas hermosuras, proceden de aquellas brumas nórdicas que dieron los matices más originales a la historia del arte de nuestra Europa.

Tres dibujantes

Los dibujos acuarelados de Roqueta (Sala Vinçon) traducen una fina y aguda sensibilidad. Paisajes, figuras de mujer y de niño, realizados con lápiz trémulo, estremecido y animados con unas tonalidades de noble suavidad.

El dibujante paraguayo Ordiñana (Galerías Reig) nos ofrece una realidad recortada, a veces excesivamente conceptual, pero que responde siempre a un extraordinario sentido constructivo. En algunos de sus dibujos se insinúa una tendencia hacia una comprensión más pastosa y humana de la forma. En estos dos direcciones, Ordiñana, demuestra su indiscutible temperamento.

María Fraser (Librería Mediterránea) tiene un lápiz suelto, ágil, extraordinariamente capaz de retener el movimiento de la forma. Es por este motivo que sus mejores dibujos son los que reflejan vivas escenas callejeras, así sus magníficos apuntes sobre los «Xiquets de Valls». Aunque irreprochables de ejecución, consideramos menos personales sus temas de flores.

J. T.

formas y colores

PAUL VALÉRY, GRABADOR

Paul Valéry, el gran poeta de «Le Cimetière marin», alterna sus ocupaciones literarias con el cultivo del grabado: litografía, aguafuerte, punta seca... Lleva ilustradas seis obras de muy pequeña tirada que actualmente se disputan todos los bibliófilos franceses. Cuadra a este poeta, partidario de la precisión estilística, el arte del grabado hecho también de precisiones y que exige una técnica minuciosa y exacta. Sus primeros graba-



Aguafuerte de Paul Valéry

dos datan de principios de siglo y merecieron la aprobación de Degas. Paul Valéry se complace en reflejar en sus grabados la vida marítima: barcas, bañistas, escenas de puerto... Afirma que aparte el interés que para él tiene el grabado, esto le ha permitido realizar lo que siempre ha sido su máxima ilusión; no sólo escribir el texto de sus libros, sino también ilustrar, cuidar su tipografía. «Nada es más divertido — afirma — que alternar el trabajo espiritual con el material. Me apasiona extraordinariamente hacer un libro.»

«MADAME» UTRILLO

«Candidas» nos da la siguiente noticia: la familia Utrillo cuenta con tres ilustres cultivadores de la pintura: Suzanne Valadon, André Utter y Maurice Utrillo.

Por si esto fuera poco, ahora acaba de producirse en el seno familiar otra explosiva vocación artística. Trátase de la esposa de Maurice, «Madame» Lucie Utrillo, lo que hace afirmar al comentarista, que nos encontramos frente a una verdadera dinastía.

El descubrimiento de este nuevo talento pictórico vino por sorpresa. En uno de estos glaciales días de invierno parisino, Mme. Lucie Utrillo estaba sentada junto a su marido.

Al alcance de su mano había una hoja de papel Ingles, pinceles y tubos de acuarela. Sin dar importancia a la cosa, Mme. Utrillo empezó a embadurnar el papel con líneas y colores. Utrillo, que en los primeros momentos parecía distraído, empezó a interesarse por aquella súbita explosión de colores vivos.

— ¡Pero si esto es maravilloso, Lucie!

«Madame» rehúsa el elogio.

— ¿No habías pintado nunca en tu vida?

— Nunca.

— Pues es un milagro, Lucie.

Esta noticia ha sido un secreto durante algún tiempo. Aquí interviene oportunamente el marchante. Conociendo la noticia, se ha precipitado al taller de los Utrillo y ha adquirido en bloque toda la reciente producción de «Madame» Utrillo, reservándose una opción por sus futuras obras. Ahora sólo queda ver si la admiración del marido y el marchante encuentra el beneplácito de los coleccionistas.



Maurice Utrillo

SALA BUSQUETS
Paseo de Gracia, 36
EXPOSICION
Marqués - Puig
PINTURAS
Del 12 al 25 febrero

LIBRERIA-EDITORIAL ARGOS
P.º Gracia, 30
EXPOSICION
SALA ANDREU
Hoy inauguración

PICTORIA
Caspe, 21
M. VER BURCH

Galerías Layetanas
Avenida José Antonio, 613
Teléfono 12825
EXPOSICION
Ceferino Olivé

Sala Vinçon
PASEO DE GRACIA, 96
EXPOSICION
MONTSERRAT FARGAS
PINTURA

SYRA
EXPOSICION
Dionisio Nadal
Del 19 febrero al 3 marzo

LA PINACOTECA
MARCOS Y GRABADOS
P.º Gracia, 34. Teléf. 13704
EXPOSICION
Alejandro de Cabanyes

GALERIAS COSTA
Archs, 3. — Teléfono 22630
MARCOS Y GRABADOS
DIBUJOS ESCOGIDOS

Librería Mediterránea
Avd. Generalísimo Franco, 403
EXPOSICION
ELVIRA ELIAS
Dibujos
Del 19 febrero al 3 marzo

SALA ROVIRA
Rambla de Cataluña, 62
EXPOSICION
MALLOL SUAZO
Del 12 al 25 febrero

MARCOS CUADROS
Consejo de Ciento, 323
Teléfono 12064
Luis Masriera
Pintura anecdótica
hasta el 25 febrero

EL JARDIN
Avenida José Antonio, 619
Teléfono 12914
Exposición de obras de
Gabriel Amat - José Amat
J. Comuelerán - Mercedes
Llirona - J. Llorens Artigas - O. Lloyd Olga Scharoff
Del 19 febrero al 3 marzo

Las últimas actuaciones de Paul Goubé

CON lógico deseo de explotar hasta el máximo la simpatía con que desde hace algún tiempo el público español acepta todas sus creaciones, Paul Goubé junto con Yvonne Alexander ha celebrado últimamente dos recitales.

A las innegables cualidades de su arte coreográfico, que en varias ocasiones hemos elogiado como merece, Goubé, añade una especialísima habilidad para montar bailes



siempre renovados e interesantes, de acuerdo con el gusto de la mayoría que le sigue y admira. Para su formidable técnica, igual que para la gracia exquisita de Yvonne Alexander, siempre hubo en estas páginas un comentario, escrito, si no con habilidad, al menos con la cordialidad que merecen quienes se dedican entusiastamente a un arte fácilmente adúlterable como es la danza académica, sin alejarse casi nunca de sus principios escolásticos.

Sentada la premisa de la gran categoría de la pareja Goubé-Alexander, permítenos ahora un comentario concreto a sus últimas realizaciones:

Grandes aciertos: el haber conservado como base de los programas los

puntales de la danza clásica, sea el «Lago de los cisnes», los fragmentos de «La bella durmiente», los «ballets operísticos» de Gounod o las obras pianísticas — valsos, nocturnos, mazurcas o estudios — de Chopin. Si en el Estudio número 12 la intención específica de la música se sacrificó en aras al valor emotivo de la coreografía, en las «Tres escocesas» la obra está adaptada virgen de cualquier intención extra-bailable.

Otros aciertos indiscutibles: las pequeñas piezas burlescas o sentimentales que han cimentado el prestigio de Yvonne Alexander, en especial la obra de Granados, la más afortunada de todas ellas, y la «Mazurca de Chueca», que podríamos considerar un hallazgo perfecto si se hubiera conservado la gracia — que por exigua se evapora al mínimo cambio — de la partitura.

No ha sido tampoco equivocada la escenificación de «Leyendas», cuya coreografía brillante y expresiva, está tegida sobre una música muy apta para el baile, pero falta de la inquietud que debe ser norma de los nuevos compositores. También es elogiable el hecho de haber recabado la colaboración de tan excelentes decoradores como Pruna, Muntañola y Llímón, así como la del maestro Pich Santasusana al frente de la orquesta.

Señalados los numerosos motivos de franco elogio, bien puede permitirse nos anotar lo que a nuestro modo de ver constituye un error. El buscar motivos de inspiración en la guardarrropa wagneriana, no es posible que conduzca a nada de bueno, ni mucho menos a una realización moderna y decorativa de la coreografía clásica. Dejemos al pobre Sigfrido moverse en la tetralogía con el soporte de una orquesta gigante y rodeado de peñascos, hipógrifos y walkirias.

La danza moderna debe alcanzar su renovación sin que sea necesario recurrir a elementos decorativos absolutamente trasnochados.

En el segundo de los recitales celebrados por Paul Goubé y Yvonne Alexander colaboraron Trini Borrull y Emilia García. Dos intérpretes notabilísimas, cada una en su género, de las que preferimos hablar cuando podamos hacerlo con la extensión que merecen.

MONTSALVATGE

DE MEDIODÍA

ANTE LA CONMEMORACIÓN DE «LA VERBENA DE LA PALOMA»

Bretón, barcelonés honorario

LA fina sensibilidad del maestro Sorozábal ha coincidido con una sugerencia lanzada semanas atrás por «Destino» y, el próximo viernes, en el teatro Principal Palacio, será conmemorado con todo esplendor el cincuenta aniversario del estreno de «La verbena de la Paloma». Nadie más indicado que el músico de «Don Manolito» para rendir homenaje a la imperecedera memoria de don Tomás Bretón, pues en los sainetes madrileños de Sorozábal olientan el nervio popular, la lozanía, la gracia y muchas otras de aquellas cualidades que, al cabo de medio siglo, mantienen «La Verbena de la Paloma» en el pináculo del repertorio lírico español.

El recuerdo al maestro Bretón es de rigor en Barcelona, por haber profesado el músico salmantino un afecto entrañable a nuestra ciudad, hasta el punto de merecer en algunas ocasiones el dictado de catalán honorario.

El homenaje entusiasta que le tributó el público barcelonés la noche del 7 de abril de 1894, con motivo del estreno de «La Verbena» en Eldorado, no era, ni mucho menos, el primero que recibía Bretón de los catalanes. Su figura era ya popularísima, fervientemente admirada. Tres o cuatro títulos grandes lo habían consagrado entre nosotros y en aquellos tiempos, como el más conspicuo de los compositores de teatro. Bretón entraba en Barcelona como en su propia casa, y su cabeza venerable, de retablo, llegó a ser familiar a los barceloneses.

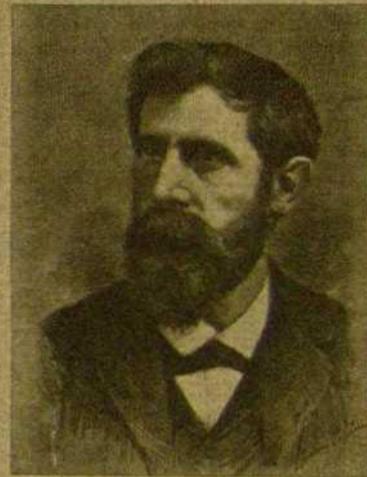
Vino Bretón por primera vez a esta ciudad en 1876, cuando contaba solamente veintiséis años. Vino al Circo Barcelonés, ajustado como director de una compañía de zarzuela formada por Alberto Llanos. Estaba ya el maestro muy lejos de ser, artísticamente, un indocumentado, pues llevaba ya estrenadas en Madrid sus buenas media docena de obras.

No bien comenzada la campaña, hubo de volver Bretón a Madrid, llamado por la empresa del teatro Apolo, en el que iba a estrenarse la ópera española en un acto, «Guzmán el Bueno», primera que de este género escribiera. La obra, triunfalmente acogida en Madrid, fué representada en nuestro Liceo en febrero de 1877, dirigida por el autor que, al igual que en la capital, hubo de bisar algunos números entre insistentes aplausos. Días más tarde, en el Circo Barcelonés, se le organizaba una función de beneficio, en la que fué estrenada su zarzuela «El alma en un hilo». Aliciente de la velada, fué la interpretación al violín por Bretón de unos motivos de «Faust» y de una fantasía sobre «Il Trovatore», acompañado en el piano por el profesor señor Vidiella.

Públicamente, no volvió Bretón a Barcelona hasta diez años más tarde, en ocasión del estreno de «Gli amanti di Teruel», efectuado el día 11 de mayo de 1889 en el Liceo, obra que obtuvo un éxito verdaderamente clamoroso. La tercera representación de la ópera fué dada en honor del maestro, objeto, con este motivo, de ovaciones las más delirantes. Banquete en su honor en el restaurante de Miramar, serenata por la Banda Municipal que dirigía, a la sazón, don José Rodoreda...

Y el éxito, con ser mayúsculo, resultó pálido ante el obtenido, tres años después, en el mismo Liceo, con su nueva ópera «Garín». El entusiasmo del público, manifestado a intervalos, se desbordó después de la sardana, que hubo de repetirse tres veces. Terminada

la representación, al salir Bretón del teatro, fué acompañado a su casa, sita en la Rambla de Santa Mónica, al lado del Café Catalán, por un compacto grupo de espectadores que no cesaban de aclamarle,



Don Tomás Bretón

demonstraciones que hubo de agradecer el maestro desde el balcón, con un improvisado discurso. Y, en la noche de la quinta representación, dada en su homenaje, repitióse la escena. Esta vez, fué acompañado por un numeroso gentío que le aguardaba en la Rambla del Centro. Formaban parte del acompañamiento, numerosas entidades

corales, con sus estandartes, las que, en compañía de la Banda Municipal, obsequiaron al maestro con una serenata, en la que se intercaló la sardana de «Garín» aplaudida al extremo de obligar a Bretón a bajar del piso para dirigirla, rasgo que le valió una nueva y fragorosa ovación, a la que se juntaron no pocas vivas a Bretón que contestó con vivas a Barcelona.

El ambiente estaba, pues, caldeado, para el suceso que representó, doce años más tarde, el estreno de «La Verbena de la Paloma». Y de don Tomás puede decirse que contó por triunfos sus apariciones en Barcelona, ya que a los doce meses, en 1895, apareció al frente de la orquesta del Tivoli para darnos a conocer «La Dolores», acogida con idéntico entusiasmo.

La postrera visita de Bretón a Barcelona cobra, en vísperas de la conmemoración más arriba indicada, singular valor emotivo. Acaeció el suceso el día 24 de mayo de 1922. El maestro empuñó por última vez la batuta, en la inauguración del teatro Nuevo. Fué precisamente para conmemorar una vez más con las notas bulliciosas y castizas de «La Verbena...»

Estas notas inmortales, que volverán a sonar el próximo día 25 en el teatro Principal. En escena estará Anselmo Fernández, protagonista del estreno de la obra en Barcelona, testigo de aquella noche de gloria para don Tomás Bretón. Frente al atril directorial, se erguirá la recia figura de Pablo Sorozábal, el músico español más calificado para recordar a Bretón, pues al igual que él, sabe encontrar en el corazón popular la vena de su inspiración y la clave de sus triunfos.

SEMPRONIO

ESCENARIO

Con la celebración en el Español de la centésima representación de «Romeo y Julieta» han sufrido una nueva derrota los filisteos.

Una vez más queda demostrado que la literatura de veras lleva público a los teatros. Cuando no ocurre así es porque falla el «modus operandi». Este «modus» que tiene a su cargo principalmente el director artístico.

Alfredo Marquerie en su conferencia (ante la cien de «Romeo y Julieta») hizo, a propósito de ese punto de vista, observaciones tan justas como sutiles. Marquerie dijo y muy bien dichas, muchas cosas que era necesario puntualizar.

Hace unos días en uno de los entreactos de un estreno un actor agredió de obra a un crítico teatral.

Hubo golpes, revuelo, protestas y demás muestras de la cordialidad que suele reinar en los dominios de Talía. ¿Causas del conflicto? Pues que el actor estaba molesto por una crítica del crítico.

El desafortunado proceder del comediante fué objeto — naturalmente — de una reproducción general.

Si cundieran parecidas actitudes volveríamos a las viejas prácticas decimonónicas del duelo, el Código de Cabriñana y hasta el sombrero de copa. Porque los famosos «dances entre caballeros» tenían la misión de hacer menos toscas las agresiones persona-

les y evitar espectáculos desagradables a la gente que no tiene por qué participar a la fuerza en una cuestión particular entre dos individuos.

Es lo que decía la noche del suceso un viejo hidalgo con perilla echegarayesca, y condecoración en la solapa, que parecía escapado de un nicho de la Sacramental de la Almudena.

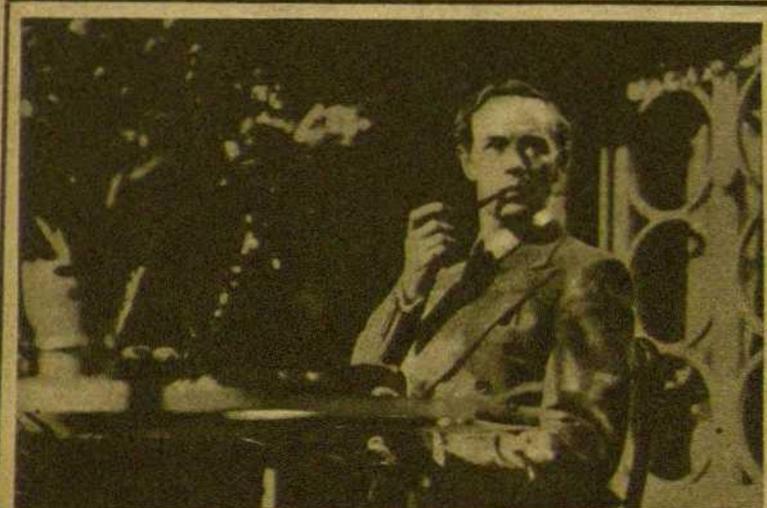
—Desengáñense ustedes, caballeros: contra estas cosas no hay más que el lance de honor. Porque no es lo mismo, cambiar unos cuantos puñetazos más o menos contundentes que unas balas a doce pasos con pistola rayada.

Estas palabras llevaron la consternación al ánimo de los que las oyeron.

El Old Vic, un antiguo teatro londinense ha cogido sus bártulos y se ha lanzado por pueblos y aldeas para representar su mejor repertorio clásico y moderno.

Otra compañía dramática importante la del Sadler's Wells, irradia sus huestes por toda una provincia desde su cuartel general de Lancashire, en plan de espectáculos nuevos. Sobre todo el «ballets».

Parece que los «dolosos» organizados en gran escala y con dignidad artística — pues las grandes formaciones teatrales no desdeñan estas incursiones a los medios rústicos o del proletariado industrial — son, en Inglaterra, un arma preciosa para combatir las preocupaciones de la guerra. Una verdadera «nueva arma» aunque todo lo contrario de «secretos».



Leslie Howard en una escena de la producción de Chamartin, «Intermezzo», que se proyecta en el cine Kursaal



Ronald Colman culmina su carrera artística con la interpretación de «En tinieblas», película distribuida por Chamartin, que se proyecta con éxito extraordinario en el cine Astoria

PRÓXIMO LUNES, DÍA 21
SOLEMNE ESTRENO

de una de las admirables conquistas de la pantalla moderna

Una producción ALEXANDER KORDA en TECNICOLOR

LA CUATRO PLUMAS

John Clements · Ralph Richardson · Caubrey Smith · June Duprez

Abierto el despacho de localidades numeradas para el lunes noche y días sucesivos

a MEDIANOCHE

Viernes, 25 de febrero, tarde y noche

CONMEMORACIÓN DEL 50 ANIVERSARIO
DEL ESTRENO DE

La Verbena de la Paloma



Cuatro momentos del estreno en Barcelona, en el año 1894, con su creador Anselmo Fernández

GRAN FIESTA DEL SAINETE

en el teatro

PRINCIPAL PALACIO

El sainete clásico de Ricardo de la Vega, música del maestro Bretón

LA VERBENA DE LA PALOMA

El sainete de estos tiempos, de Carreño y Sevilla, música del maestro Sorozábal

DON MANOLITO

Dos épocas distintas y un mismo gran éxito

CRONICA DE CINE

POR ANGEL ZUÑIGA

"EN TINIEBLAS"

de WILLIAM A. WELLMAN

EN el mundo de Kipling el sexo solamente tiene una parte representativa. Mientras otros escritores de su tiempo hacen girar sus temas alrededor de la fatigosa órbita erótica, Kipling los tiñe con diferentes pigmentos, aunque de tonos no menos vivos. Para el gran novelista británico existen senti-

gria, con masculina alegría. Además, la leal camaradería. Y un poco más allá quizá la sensación de sentir la patria en tierras lejanas, la idea de imperio que une místicamente la metrópoli con el mundo exterior. Que ésta y no otra es la pregunta que siempre se hizo Kipling: ¿Quién pretenderá conocer a Inglaterra si sólo conoce a Inglaterra?

Este es el problema planteado en la vida del protagonista, cuya solución le llega con la ceguera. Problema que por la forma literaria conoce el riesgo de ser huido a la captación cinematográfica (1). Sobre todo, en aquello en que los adaptadores pecaron por fidelidad, que es casi todo. Se rezo, con fervor kiplingiano, el rosario anecdótico de la novela. Con el peligro, no siempre salvado, de ahogarse en la corriente de los acontecimientos menudos, de cuanto en buena representación de cine resulta siempre inútil hojarasca.

Esta falta de síntesis se constata en seguida al ver la falta de valor emocional de la adaptación, que no llega a producirse hasta bastante tarde. La preparación de las mejores escenas se prolonga, por seguir los zigzags novelescos. Se llega a ellas a través de un viaje no corto y que usa, a veces, la monotonía. Por fortuna, la adaptación aparece cuidadísima. Las escenas poseen siempre sentido poético o esa sensación indefinible que poseen las imágenes cuando manipulan con auténticos exteriores. En este aspecto, pocos films más aprovechables que éste.

Por todo ello, flota sobre la vulgaridad. Tiene demasiadas cualidades para que no nos entreguemos a él: tema, dirección excelente, interpretación. Porque esta vez sí que Ronald Colman se encuentra a sus anchas. Realiza una labor impecable. Una interpretación digna de su nombre. Sus mejores actitudes las repite con la oportunidad de quien ha encontrado otro personaje humano y un buen director (2) capaz de comprender, en su misma sobriedad, su intenso dramatismo. También Walter Huston es otro gran actor digno del personaje que interpreta. Ida Lupino se revela como buena actriz dramática. Con mucho gesto, lo que siempre es peligroso en cine para perdurar, pero inteligente. No puedo decir lo mismo de Muriel Angelus. Los tipos, acertados, logran encajar en el problema de la cinta.

(1) Existe una versión de Pathé del año 16. Y otra, de Paramount, del año 23, dirigida por George Melford.

(2) En la copiosa producción de William A. Wellman hay títulos para todos los gustos. Entre los buenos destacaré: «Mendigos de vida», «Ballet ruso», «Ada», del cine mudo; y «La llamada de la selva», «Los conquistadores» y «Aeropuerto central», del cine sonoro.



Kipling

mientos —la amistad, el deber, el amor a la Patria— que forman el centro de sus inquietudes. A ellos se dirige siempre para elevarlos a impresionantes cimas humanas.

«En tinieblas» («The Light that failed») intenta poner en evidencia la potencialidad de su cosmos masculino. La vida del hombre, tanto más auténtica cuanto más fiel es a su propio sexo. Esta es la realidad de la trama: el protagonista no hallará en la aventura amorosa, ni en sus vagos ideales artísticos, ni siquiera en su vanidad, el remanso de paz que necesita su espíritu. Irá a tientas, probándolo todo, hasta descender al infierno terrenal que le había prometido cierto «monsieur» Binat, una tarde, en Port Said. Todo le dejará insatisfecho. Sólo la amistad con Torpenhow llenará su vida. Y esto es así por cuanto la misma representa todo aquello que cuenta en el mundo kiplingiano: el sentido del trabajo, la vida masculina, el deber, el hacer, el diario quehacer, obscuro, pero con ale-

"Pastor Angélicus"

UN documental cinematográfico sobre la vida de Su Santidad Pío XII constituye en estos momentos una consoladora y casi hiriente inmersión en un mundo de paz que se opone a las diarias noticias de los periódicos, al indeclinable fragor de una contienda que enciende todos los pueblos. Nos parece oportunísima la visión de un gesto pacificador, el supremo gesto de unas palabras justas y eternas, el contacto con una actividad esperanzada, ávida de llevar el consuelo a unos hombres deshechos por todos los fracasos.

La vida que se desarrolla en el pequeño recinto de la Ciudad Vaticana despierta indudablemente un enorme interés no circunscrito solamente a la población católica del mundo. A nadie escapa la honda significación de la Roma papal, centro ecuménico de unas fuerzas espirituales que mantienen su inmarcescible vigencia a través de todas las tempestades de nuestra historia. No obstante, en estos tiempos caracterizados por un verdadero aluvión de propaganda gráfica, la presencia, en cierto modo física, de aquellas piedras ilustres y, sobre todo, de la figura del Sumo Pontífice que las anima y les da toda significación, nos parece una necesidad que con total acierto colma esta cinta del Centro Católico de Cinematografía de Roma, dirigida por Rómulo Marcellini. Porque es seguro hasta la evidencia que el conocimiento se apoya en toda clase de datos y la límpida sucesión de imágenes suscitan también un favorable clima de emoción, un más inmediato contacto con la verdad, que pugna por acallar este mar tempestuoso.

Recoge la cinta una serie de momentos de la vida de Su Santidad. Tiempos de niñez, su consagración sacerdotal, el cardenalato; los viajes como secretario de Estado... Cobra su ritmo más impetuoso y solemne cuando refleja su elevación a la Silla de San Pedro; un tono emocionante cuando nos deja ver el santo Padre en su cotidiana actividad, paz y misericordia sobre una Humanidad doliente que se postra enervada ante su augusta presencia; un aire íntimo al dejarnos entrever su diario paseo entre las frondas serenas de los jardines vaticanos; un tono dramático, patético, al reproducir una última llamada a los pueblos en el momento en que éstos se aprestan a lanzarse en la más trágica de sus reyertas.

La excelente calidad cinematográfica de este documental subraya el incalculable valor emotivo que discurre a través de todas estas imágenes. Obra de excepción, está siempre a tono de la grandeza del tema. Y, sobre todo, deja en nuestro ánimo una estela luminosa mucho más duradera que el mismo metraje. Y es esto, en definitiva, lo más importante de una película que está llamada a remover lo más noble y firme de nuestra sensibilidad.

PUBLI SAVOY

Pastor Angélicus

DOCUMENTACION HISTORICA
y EVOCACION LIBRICA de la
VIDA y de la OBRA del
PONTIFICE
PIO XII

NO-DO A/B.-DIBUJO COLOR

PRECIOS ESPECIALES para este SUPER PROGRAMA
de EXCEPCIONAL DURACION y CATEGORIA

DE 11 MAÑANA = 3 TARDE : BUTACA 3 Pts
DE 3 TARDE = 12 NOCHE : " " 5 Pts

CB FILMS ESPARCE

GUION

cinematográfico

«LAS TRES NOCHES DE EVA». — Director: Preston Sturges. — Intérpretes: Henry Fonda, Bárbara Stanwyck y Eugene Pallette. — (FANTASIO.)

Esperábamos más de Preston Sturges. Sobre todo, luego de haber visto «The Palm Beach Story». No estamos de acuerdo con que se hayan de mezclar en cine el género fino de comedia con los trucos de cinta de Charles Chase. Un film es una unidad y no se puede jugar con ella sin correr el riesgo de perder las riendas del mismo. Lo mejor de esta cinta son las escenas de comedia. Entre ellas, como una graciosa estampa, la de la declaración de Henry Fonda con el caballo a sus espaldas. El empleo de soluciones burdas rebajan considerablemente el tono de la obra, que no pasa de un mero entretenimiento para mayorías no muy exigentes. Excelente, la interpretación. El doblaje, absurdo.

MANUEL MUNTAÑOLA NOS HABLA DE DECORACIÓN

EN poco tiempo el nombre de Manuel Muntañola se ha colocado en avanzada entre los de los primeros decoradores del país. Darle a un piso un sello especial de refinada elegancia es sumamente fácil para Muntañola. A primera vista, sabe ya lo que debe hacerse. Y todavía algo más importante: lo que no debe hacerse. Espíritu inquieto, ha ensanchado considerablemente sus horizontes. Ahí quedan algunas de las mejores tiendas de la ciudad, por él realizadas.

balcón abajo, navega incesante la gente por la gran ría de las Ramblas. Naturalmente, todos los estilos son bellos. Saber cuál responderá a nuestros gustos, a nuestras íntimas ideas, éste es el primer eslabón en la cadena de la decoración. No debe olvidarse tampoco la palabra del cliente, que tiene tanta fuerza como la nuestra. Aconsejamos, damos idea de lo que necesitan. Sólo falta que se nos deje crear a nuestro antojo. Si nos encontramos con persona de

—Existen cambios perceptibles en los gustos actuales?
—Apenas. Manipulamos con variaciones sobre idénticos temas. No se han producido modificaciones sensibles. Todo depende, naturalmente, de los hechos artísticos del mundo. Pero en lo que se refiere al porvenir, no creo que se produzcan, en unos años, movimientos importantes. Cuando llegue el momento, sucederá lo de siempre: el decorador seguirá la fuerza de la nueva corriente artística. No olvidemos que es raro lo que prevalece. De ahí que debamos ser cautos para la aceptación franca de las modas en lo que éstas tienen de más superficial. Nada resulta peor como esos pisos con las camas prematuras de lo «demodée». Que queden «primera época» «Metro-Goldwyn-Mayer», como decía Noël Coward hace pocos días. Y este es el peligro que acecha siempre en países en que los ricos flamantes son tantos. Recomiendo un buen anticuario y un buen mueblista para que el piso se mantenga mientras pasan los años.

Los límites de los pisos, la estandarización de los mismos, es un problema que inquieta a los decoradores. A Muntañola le preocupa, como a todos.

—En estos casos, el problema no es de decoración, sino de dimensión y distribución. Esta igualdad, tan fría e impersonal, es el mayor tropiezo con que podemos hallarnos. Yo no puedo quejarme, pues siempre me han dejado derribar. De todas formas, para no equivocarse nunca creo lo más oportuno flote en el ambiente una influencia clásica. Y que los colores se combinen de acuerdo con el color de la madera: beige, marrones, dorados, bricks. Téngase presente también que siempre que se reciba una herencia importante, lo mejor es seguir la misma línea del mobiliario, enriqueciéndolo con nuevas adquisiciones. El peor enemigo en estos casos es la modernización.

Muntañola se extiende en consideraciones sobre todo esto. Cuenta y no acaba. Se refiere al pintor Carles y reconoce en él al maestro. Tiene para él palabras de gran admiración, elogios reconocidos a su facto insuperable. Nosotros le seguimos preguntando:

—Por sencilla que sea la casa, el prescindir de la luz directa y el uso de muchas pantallas logra reflejar un ambiente de intimidad, de sosiego. También hemos de pensar en que muchos hogares puedan alargar su conservación al colocar, durante la mitad del año, fundas de hilo o de stolle cirées que, en sus diversos tonos, logran una sensación de elegancia, dentro de la discreción, claro está. No obstante, lo mejor es prescindir de todo esto, aunque también sea justo el que nuestra clase media haga milagros con sus hogares. ¿Difícil, decorar? Creo que sí. Cada casa es un problema. Pero cuanto mayor es, mayor es también el empeño en solucionarlo. Y si estuviesen abiertas las fronteras, como antes, muchos de ellos podrían resolverse de una muy fácil manera: con una silla «Chipendale».

Las alforjas del viaje

Diex consejos para la mujer
El primero, es amar la sencillez sobre todas las demás cualidades, haciendo que los vestidos resulten elegantes por su corte y por la calidad de sus materiales, y nunca por exceso de adornos.

El segundo, amar al prójimo como a sí misma, y procurar no molestarle nunca con impertinencias, chiquilladas y coqueteos inoportunos durante el viaje.

El tercero, no usar jamás tacones altos durante el día y no muy exagerados tampoco con los vestidos de noche, pues resulta intolerable y ridículo el ver a una mujer haciendo equilibrios y doblada hacia adelante por el afán insensato de caminar en zancos.

El cuarto, huir de los velos y gasas flotantes en los viajes por mar. Un sombrero de «sport» resultará mucho más cómodo y más agradable a la vista que los velos ostentosos a la turca.

El quinto, no usar ninguna clase de joyas con el traje de viaje. Nada hay más absurdo que aparecer en la cubierta llena de collares o pulseras.

El sexto, llevar siempre en la bolsa de viaje unas cuantas agujas enhebradas con sedas de distintos colores para coser a tiempo un punto de una media o un enganchón del vestido.

El séptimo, tener siempre dispuestos dos o tres vestidos de noche para poder presentarse sin desentonar a la hora de la comida. No importa que no se varíe a diario si se está siempre elegante y ataviada con distinción.

El octavo, cuidar de la apariencia del equipaje. Hace muy mal efecto una muchacha irremediablemente vestida con un saco de mano viejo, roto o de mal gusto.

El noveno, adoptar en el barco o en el tren una línea de conducta de extrema naturalidad con todo el mundo, pero teniendo en cuenta de no dar excesivas confianzas a nadie.

El décimo, no apresurarse a la partida ni a la llegada, ni asustarse o demostrar ansiedad en ningún momento en que pudiera haber una remota idea de peligro.



Proyecto de «living» para los Condes de Ruiseñada

que conservan el más fino aire barcelonés, dentro de las líneas más modernas, más de nuestro tiempo. Sus figurines para Yvonne Alexander, los decorados para el Teatro María Guerrero, de Madrid, nos dan idea de quien es Manuel Muntañola. Y hacia qué norte dirige, seguro, sus pasos. —Sobriedad en el color y en la línea es el mayor signo de elegancia. Es lo que impera actualmente en el mundo entero —nos dice, mientras,

gusto, el trabajo se simplifica enormemente.

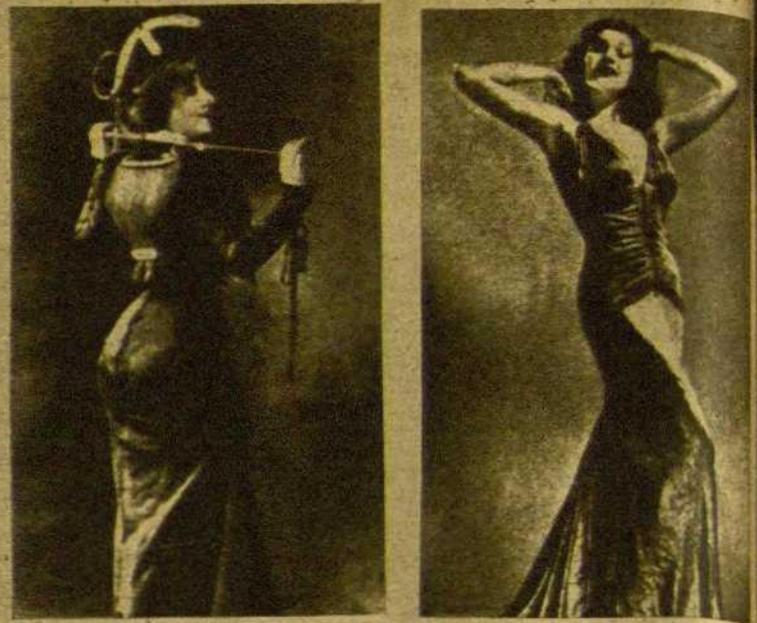
Muntañola se refiere a los pintores a quienes considera parte importantísima en esta elaboración artística. Un piso en el que se reúnan los esfuerzos de un pintor y un decorador, es seguro que alcanzará un grado notabilísimo de perfección. Los oficios —ebanistas y tapiceros— tendrán mucho adelantado con la guía justa de aquéllos.

CARTA A «CASO ÚNICO»

DISTINGUIDA señorita.—Me pide que le conteste, pero no me indica su nombre ni su dirección; mi respuesta ha de ser, por tanto, pública. «Caso Único» firma usted, y sólo sé, por el sello del Ayuntamiento de Barcelona, que su carta procede de la Ciudad Condal. Caso Único, porque me escribe al cumplir aquel mismo día veinte años, y en sus «cinco lustros (!) de existencia jamás un muchacho me ha dicho nada que se refiera a amor, o a estas célebres tonterías que las muchachas de mi edad han oído infinidad de veces». Tranquilícese, señorita, porque, primero, no son cinco lustros, sino sólo cuatro, y segundo, aunque fueran realmente cinco, tampoco sería demasiado tarde para que llegara por fin el amor. Usted, que se encuentra en la primera juventud, se imagina casi que la vida ya no le ofrecerá nada, que en adelante su existencia será vacía. Cuando somos muy jóvenes, nos figuramos muchas cosas que luego, gracias a Dios, han de resultar absurdas. Más tarde, dentro de pocos meses, o unos cuantos años, cuando se ría de sus temores, haga el favor de escribirme, si es que llega a leer esta respuesta. Entonces verá que el amor no es necesariamente asunto de edad de adolescente, y que el hecho de no haber tenido novio a los veinte años no es todavía motivo suficiente para exasperarse. Por fortuna, la juventud y la edad de amar se han ensanchado considerablemente. Aun no lo sabe usted y me escribe: «Esto me desespera, porque ya empiezan ciertas personas a murmurar con desdén, compasión, ironía, superioridad? No sé cuál de estos sentimientos es el concreto, quizá todos juntos. Recientemente dos amigas mías, mayor que yo una y algo menor la otra, se han prometido, con lo que me voy quedando despistada. No soy un adefeso; sin propósito de faltar a la modestia, le diré que poseo cierto «it», que se cotiza mucho actualmente.» Y a continuación explica usted detalladamente la mezcla de razas de que es producto, y que, efectivamente, habla a la imaginación y despierta la curiosidad. Estoy convencido de que no es usted ningún adefeso, sino una muchacha interesante, lo que

a menudo vale más que belleza clásica, fría, convencional. ¿Cree usted sinceramente que sólo las muy bellas encuentran novio, prometido y marido? ¿Qué equivocación! El amor no tiene nada que ver con la regularidad de las facciones, ni con las fechas. Podría usted exasperarse, por ejemplo, si a los veintidós años no hubiese conseguido el título de bachiller (siempre que aspirase a ello), mas no por ser soltera a los veinte años y sin novio. Es muy posible que desde la fecha que lleva su carta la situación haya cambiado radicalmente, y antes de que se publique mi respuesta, me llegue otra, muy diferente, como estado de ánimo, de esta que tengo a la vista, y en la cual me escribe: «Me he pasado llorando la noche, porque estoy sinceramente apurada y preocupada.» Como veo, usted teme quedarse dentro de poco sola, sin familia; y añade: «Comprendo que un novio sería una solución, y si me saliese algo aceptable, me decidiría, pero... Señor Révész, ¿no le decía que soy un caso? ¿Verdad que hasta hoy no había tropezado con una muchacha que sin ser un «asco», de buena posición y educada, llegase al cumplir los veinte años chorreando agua bautismal?» En esto se equivoca: hay miles y miles de muchachas que a los veinte años se hallan, en el terreno sentimental, en el mismo caso que usted, y que sólo bastantes años después encuentran la felicidad. Como es usted tan joven, se figura todavía que la juventud pasa en seguida. No olvide, sin embargo, que ya estamos lejos de la época en que la muchacha de cinco lustros (de cinco lustros de verdad y no como los suyos) entraba en la categoría de las solteronas. Le falta todavía un lustro entero para alcanzar esa edad, hoy considerablemente sobrepasada por el ensanchamiento de la juventud, y cuántos acontecimientos pueden producirse en cinco años! No se exaspere, pues; no pase sus noches llorando, porque las lágrimas envejecen el alma y el rostro. Estoy seguro de que temprano o tarde recibirá de usted otra carta, francamente optimista, su lejano amigo

ANDRES REVESZ



Cada época impone un determinado tipo de mujer. La línea femenina sufre alternativas que las mujeres del mundo se aprestan a seguir. Estas dos fotografías nos muestran dos típicos ejemplares de la moda en dos distintas épocas. En 1900, Anna Held, la gran actriz de «music-hall», cuya vida vimos reflejada en el cine, en «El gran Ziegfeld», dió el tono de su línea a todo el mundo. En la actualidad es otra actriz, Rita Hayworth, quien la ha impuesto en todas las pantallas del mundo.

LOS NIÑOS

CUANDO se da por hecho que en los primeros años de la vida no se disfruta más que de una verdadera e infinita felicidad, no se está a veces en lo cierto, puesto que hay niños que sufren desesperadamente, con angustia mortal, con agonía desoladora, en la misma medida que pueda sufrir cualquier adulto. La causa del pesar moral, que puede incluso acabar con la vida de una criatura, es la misma causa que conduce a muchos hombres a términos peligrosos: los celos.

Los celos infantiles, mal llamados, envidia, son de efectos desastrosos para la criatura que los padece y no hay ningún otro mal que pueda compararsele. Naturalmente, que el niño, sobre todo cuando es muy pequeño, no se da cuenta exacta del motivo que ocasiona su sufrimiento y son los padres los que han de estar atentos a que no se desarrolle la tragedia en el hogar. Por desgracia, suele ocurrir siempre lo contrario. No se toman en serio los celos de los niños y se trata de apagarlos con regaños, con castigos o con burlas.

Los celos tienen su base, lo mismo en los niños que en los adultos, en un sentimiento de inferioridad. Las personas que tienen la conciencia de su superioridad jamás se sienten celosas. Al sentirse inferior se teme perder la estima, el amor o la consideración que ambicionamos y que deseamos merecer. Y este sentimiento en el niño toma, por instinto, proporciones gigantescas. Puede una criatura estar celosa lo mismo de un hermano mayor, con el que por lo mismo que es ya más comprensivo parece tenerse una mayor intimidad e interés, que de un hermano más pequeño, al que por serlo es necesario prodigar más minuciosos cuidados y atenciones.

En ambos casos el tacto de los padres estriba en establecer una perfecta igualdad. Si los celos son causados por atenciones a un hermano mayor, la tarea es fácil. Si son por uno más chiquito, ya es un poco más difícil, pero tampoco es imposible. El recién nacido no necesita recibir un extremoso afecto durante las primeras semanas de su vida. Si al mayorcito ve que no se hace un innecesario alarde de cariño con el nuevo hermano y que él continúa siendo el centro de atención, se acostumbrará pronto a la idea de que no ha perdido nada de su supremacía y él mismo, de su cuenta, acabará por prodigar al bebé un cariño sincero en el que habrá una buena dosis de protección. Y en cuanto se le haga sentir esto precisamente, es decir, que él, como mayor, tiene el deber de proteger al pequeño, estará ganada la batalla.

Para evitar los celos entre los niños mayores el único medio eficaz es el ejemplo. Los padres que acostumbran a censurar a diestro y siniestro a familiares y vecinos; que sienten envidia del éxito de los demás; que jamás elogian y siempre censuran, sin darse cuenta que ellos mismos siembran con su proceder la semilla de los celos en el corazón de sus hijos, que verán siempre amargados cualquier triunfo de sus compañeros. Es importante por esto celebrar delante de ellos las buenas cualidades ajenas, los hechos generosos de los demás muchachos y las acciones dignas de alabanza. El espíritu del niño se impresionará de este modo favorablemente y aprende a discernir lo bueno de lo malo y a comprender cuáles son las cualidades que los adultos estiman como inapreciables.

No hay que olvidar tampoco el halago a los propios hijos, como una parte importante de su educación moral. Es un error de la mayor parte de los padres el exponer siempre los defectos de los hijos ante los extraños, con la idea de no hacerles envidiosos y vanidosos. Esta costumbre equivocada hace que los muchachos se sientan deprimidos, miserables, inferiores, profundamente lastimados en su dignidad.

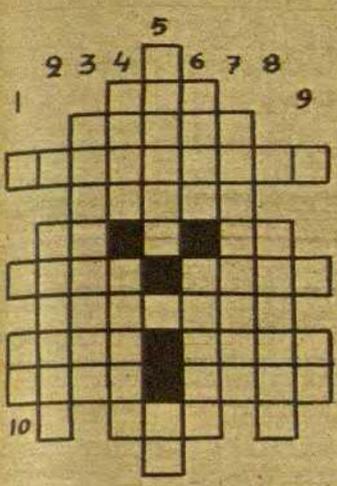
Si por el contrario se celebran sus acciones, se pone de relieve su valor moral y se demuestra en todo momento la confianza en ellos, se les dará una positiva seguridad en sí mismos y se creará en ellos un sentimiento de honor y estimación propia, que será la mejor coraza contra el enemigo de los celos, en la niñez primero y más tarde a lo largo de la vida, evitándoles así el más amargo de los tormentos.



REFRANES

CRUCIGRAMAS

CRUCIGRAMA NUMERO 174



HORIZONTALES: 1. Luz. — 2. Ciudad de Italia. — 3. Filósofo. — 4. Secreción caliza. — 5. Nota. — Miré, al revés. — 6. Conjunto de personas. — Fruto, al revés. — 7. Cabos, extremidades. — 8. Comida. — Arte, al revés. — 9. Personaje bíblico. — Andrjoso. — 10. Animal.

VERTICALES: 1. Nombre de letra. — 2. Provincia de la antigua Francia. — 3. Imagen. — 4. Ciudad del Japón. — Libro. — 5. Lía del vino. — Nota. — 6. Sacerdote. — Apellido de un artista de variedades muy popular hace algunos años. — 7. Nacido en las márgenes del Nilo. — 8. Persona que cumple con una norma de amistad. — 9. Preposición.

SOLUCION AL CRUCIGRAMA NUMERO 173

HORIZONTALES: 1. Edema. — 2. Túnez. — 3. Cometas. — 4. Ra. — Um. — 6. Mazapanes. — 7. Cadenas. — 8. Mi. — 9. Manolín. — 10. Soy. — Dar. — 11. Aseli. — 12. Regal. — Moratín.

VERTICALES: 1. Racimo. — 2. Veto. — Aza. — Avaro. — 3. Aden. — Ser. — 4. Penélope. — Orégano. — 5. Meta. — Lat. — 6. Caza. — Una. — Idilio. — 7. Mesina.

GRAFOLOGIA

por NIGROM

PARA: Mayo. — Cara Ros. — B. H. — Foster. — Juan Fernán. — Tarragona. — Wuthering Heights. — Angelico. — Un talán Jorge. — Angelus. — Madona I. — María de Mag-

dala. — María Luisa, y Caliu, sus estudios no sirven por carecer de las 20 líneas reglamentarias.

PARA: Roger de Lluria. — Nomar. — Inquieto (Vich), y J. Cajesta, no sirven sus estudios, por estar escritos en papel rayado.

DANZARINA. — Innumerables ilusiones pueblan su mente de continuo. Ambiciona

mucho y mucho espera de la vida. Lo siento por usted y no olvide que, en general, todo sucede a la inversa de lo que se desea. — Cultura media. — Inteligencia clara, pero poco retentiva. — Muy voluble y caprichosa. — Voluntad débil, más bien diríamos nula. — Se adapta con facilidad a cualquier ambiente y, por lo mismo, debe elegir con cuidado sus amistades. No es ordenada ni metódica. Ideas algo originales, que la distinguen y le dan personalidad. — Aficionada al trato social, a gozar de cuantas ocasiones de disfrutar le depara la vida. — Obra sin reflexionar, guiándose únicamente de su impulso del momento. — Educación esmerada.

UNA MERCEDES. — Le agrada en extremo charlar, y, como acontece generalmente a las personas que adolecen de tal defecto, suele decir lo que no debería, y en muchas ocasiones, tergiversa con sus comentarios la realidad de las cosas. — Carácter en formación todavía, que tiene un mucho de infantil. — Algo de egoísmo y una injustificada pretensión... — Ideas rutinarias y vulgares. — Sentido práctico. — Entusiasmos rápidos que degeneran en no menos rápidas decepciones. — Poca sensibilidad. — No hay ambiciones en su vida y casi es mejor así, pues su voluntad es tan débil que no le ayudará. Ni orden, ni método.

RAIMUNDO. — Animo por demás esforzado es el suyo, tanto, que en la lucha diaria con la vida, no es probable que sepa nunca de desalientos ni depresiones morales. — Tiene ambiciones, afanes de vencer, deseos de cambios en su actual manera de vivir y no olvide que sus mejores aliados son, su voluntad firme, segura, igual, su amor al trabajo y a la lucha y esa

entereza de ánimo de que al principio hablé, que le ayudarán a salir indemne de los primeros fracasos. — La inteligencia es clara. — Una gran dosis de lógica. — Sentido crítico. — Prudencia y reflexión. — Temperamento ardiente, que sin embargo, no le domina. — Clara visión de la realidad.

JAIME DE WATT. — Hay orden y método. — Gusto artístico. — Actividad cerebral. — Espíritu filosófico. — Doble personalidad, aunque en determinadas circunstancias, muéstrase sincero y natural. — La imaginación es poderosa y la inteligencia clara, admirablemente equilibrada, ya que sus nervios están dominados por su voluntad firme y poderosa. — Demasiada obstinación, que le induce a obrar de acuerdo únicamente con sus puntos de vista. — Una gran reserva, en la cual pueden confiarse sus amigos. — Algo sensible, pero de envidiable entereza de ánimo. — Algo de orgullo. — Mentalidad intuitiva. — Prodigalidad, sin ser excesiva.

ENRIQUE TAYLOR. — Es usted sumamente desconfiado, y, por lo mismo, guarda celosamente para sí todas sus cosas, sin creer en la amistad ni en el afecto. Naturalmente, ello le evitará algunos disgustos o desengaños, pero restará a su vida la dulzura incomparable de ser sincero y creer en la lealtad de un amigo. — Ligera ambición. — Concede al dinero un alto valor, y, por lo mismo, no pueden tildarle de prodigo. — Temperamento algo nervioso y muy ardiente. — Ideas un poco vulgares. — Carece de sentido artístico. — Algo distraído. — Sensible. — De sí mismo tiene un alto concepto. — Orden y método, más por costumbre, impuesta por su vida rutinaria, que por inclinación. — Afán de divertirse. — Imaginación.

María de la Soledad

(Viene de la última página)

vemos igual camino. Vos vais por la carretera, yo por el paso de la Cruz Verde.

Y añade negligente: —Es más corto...

Interviene ahora el tenientillo fatigado.

—¿El paso de la Cruz Verde has dicho, mujer? ¿Aseguras que es más corto que el que nosotros llevamos? Asíente ella.

—¿Entonces, mi capitán?

Y hete aquí cómo la primera compañía de los dos regimientos que anunciara Borrell, abandonó la carretera real y en seguimiento de los pasos de la muchacha portadora de una cesta de frutas, dirigió sus pasos hacia la senda incierta del desfiladero de la Cruz Verde...

Por sobre el precipicio angosto vuelan los cuervos en horripóna algarabía. Una enorme nube violácea cubre el cielo que se esconde. Silba la ventisca aquí y allá azotando la tierra con su bárbara caricia. La lluvia machaca el suelo.

En el fondo del paso de la Cruz Verde duermen el sueño sin fin, un centenar de cadáveres. Hace ya dos días que los pájaros macabros se ceban en sus cuerpos desbaratados. Visten uniforme de la infantería napoleónica. Destrozado y roto el blanco calzón y la bota charolada. La roja guerrera confundiendo su color con la sangre escarlata. Los miembros dislocados. Los ojos agrandados de horror.

Yacen los muertos aplastados bajo el peso de inmensas piedras. Del cielo cayeron de improviso. ¿Por qué?

Ya nunca lo sabrán.

Junto a un capitán joven y aniñado —aquel capitán Maurice de Lalande que dió crédito a las palabras de la moza que quiso llevarle hasta Lérida por el camino más corto—, descansa muerta una mujer. Lleva al cuello un collar de anillas de oro. Su garganta es blanca y redonda. El pecho... el pecho lo tiene hundido bajo una roca. De la blusa desgarrada, escapa un hombro rosado y suave. Al caer encima de la piel nacarada, las gotas de lluvia parecen transformarse en perlas.

Allá arriba siguen graznando los cuervos... Dios permitió.

LA VOZ DE AMERICA PARA ESPAÑA

PROGRAMAS EN ESPAÑOL DE LAS DIFERENTES EMISORAS NORTEAMERICANAS

HORA LOCAL	ESTACION	FRECUENCIA	ONDA	HORA LOCAL	ESTACION	FRECUENCIA	ONDA
00,15	WKLJ	9.750	30.8	16,15	WRUA	11.790	25.4
	WOOC	6.120	49.0		WRUW	17.750	16.9
	WKLJ	7.565	39.7		WRUL	15.350	19.5
01,15	WKLJ	6.120	49.0	17,15	WRUA	11.790	25.4
	WOOW	6.140	48.9		WRUS	15.130	19.8
	WRUA	6.040	49.7		WRUL	15.350	19.5
06,15	WRUW	7.805	38.4	18,15	WRUW	17.750	16.9
	WRUL	7.565	39.7		WGEA	11.847	25.4
	WKLJ	7.805	38.4		WRUA	11.790	19.8
08,15	WRUL	7.805	38.4	19,15	WRUS	15.130	19.8
	WRUS	9.700	30.9		WCDA	11.145	26.9
	WRUA	11.790	25.4		WRUA	11.790	25.4
12,15	WRUA	11.790	25.4	20,15 - 20,45	WRUA	15.130	19.8
	WGEO	15.330	19.6		WRUS	11.790	25.4
	WRUA	11.790	25.4		WRUA	11.145	26.9
13,15	WGEO	15.330	19.6	21,15	WCDA	15.130	19.8
	WRUW	11.790	19.8		WRUS	9.530	31.5
	WRUS	15.130	25.6		WGEO	11.790	25.4
14,15	WRUA	11.790	25.4	22,15	WRUA	15.130	19.8
	WRUW	11.790	19.8		WRUS	9.530	31.5
	WRUS	15.130	19.8		WGEO	9.750	30.8
15,15	WRUS	15.130	19.8	23,15	WKLJ	7.575	39.6
	WRUA	11.790	25.4		WRUA	9.570	31.4
	WRUW	17.750	16.9		WRUS	9.750	30.8
16,15	WRUL	15.350	19.5				
	WRUS	15.130	19.8				

La transmisión a las 19,15 horas, es simultáneamente retransmitida por la B. B. C.

MARIA de la SOLEDAD

cuento por JOSÉ LUIS DE VILALLONGA

Ilustración de J. M. PRIM

(Conclusión)

DON Juan Pons es el primero en romper el silencio.

—Borrell, un vaso de vino y algo de comer te hará bien.

El hombre asiente.

El señor Salarich vuelve el rostro hacia su hermana y ordena perentorio:

—María, saca de la bodega un porrón de vino; tráete también una hogaza de pan, queso y butifarra. ¡Ah!

y baja de mi habitación una camisa limpia, unos pantalones y mi manta de viaje.

Borrell protesta. Don Juan Pons reclama silencio con un gesto de la mano.

—Date prisa, María. Borrell está mojado y hambriento.

No se diga que en mi casa la hospitalidad es un mito.

—Anda, mujer, anda! La «pubilla» del Mas Salarich obedece las palabras de su hermano. Se dirige a la escalera y apoyando las manos en la barandilla de madera lustrosa, le dice a Borrell, con voz suave:

—Cinco minutos nada más, amigo. En seguida estoy de vuelta.

Borrell inclina la cabeza galantemente y una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios pálidos. Es un hombre joven y bien parecido. Tiene la faz franca y el gesto abierto. En el fondo de sus ojos pardos brilla una lucecita maliciosa.

Don Juan Pons le coge de un brazo y le obliga a sentarse junto a él en el banco rústico que corre paralelo a la pared blanqueada de la espaciosa cocina.

—De aquí a que vuelva María de la Soledad, tenemos tiempo de hablar. Dime, ¿de dónde vienes?

—De Lérida.

Borrell ha pronunciado estas palabras lentamente, mirando a don Juan en los ojos.

—¿De Lérida? «Nostre Senyor Jesucrist!» ¿Y los franceses?

Borrell ríe suavemente.

—Allá se quedaron.

—¿Y cómo demonios...

—...salí de allí? Fácilmente. Como tú, como mi padre y mis hermanos, conozco todos los atajos del país. Ellos no. Se pierden a cada instante. No atinan donde colocar sus centinelas. Se equivocan. Se desconciertan. Dejan los puntos vulnerables libres al paso de cualquiera. ¿Conoces el camino que los pastores llaman el «camí de la Verge»? Por él me vine. Traigo una misión. Verás...

Don Juan Pons interrumpe a Borrell con curiosidad:

—Oye y dime, ¿cuándo comenzó el sitio de la ciudad?

—El 13 de abril. El general Suchet llegó hasta nuestras puertas con la casi totalidad de su ejército de Aragón. Se le contuvo. O'Donnell quiso socorrernos viniéndose desde Tarragona, pero la caballería de Suchet deshizo sus planes y tuvo que refugiarse en Montblanch. García Conde, nuestro gobernador, estuvo magnífico los primeros días. Hoy...

—¿La cosa va mal?

Borrell suspiró profundamente.

—Para qué mentirte; sí, la cosa no puede ir peor.

—Ah, si fuera como en Barcelona! Allá está Campoverde...

—¿Es cierto que deshizo en unas horas un escuadrón del duque de Castiglione?

—Eso se dice. ¿Y qué me cuentas de Porta, haciendo cuatrocientos prisioneros a Duhesme sin que éste se diera cuenta? ¿Y Orozco?, el maravilloso Orozco, el hombre que en una noche... bueno, dejémonos de fantasías. En Lérida ya se han rendido los baluartes del Carmen y la Magdalena. Garden nos lo tomaron en media hora mal contada... ¡qué sé yo, Juan! Son más que nosotros, mejor equipados, con más armas, cañones, caballos, víveres. No quiero pensar en lo que nos puede suceder...

Don Juan Pons bajó la cabeza anonadado.

—¿Tu misión, Borrell?

El muchacho se puso en pie. Comenzó a pasear nerviosamente a lo largo de la habitación. De repente se detuvo frente por frente del señor de Salarich y apoyó sus manos en los hombros de éste. Rápidamente, entrecortando las palabras, habló:

—Juan, escúchame. Mañana al atardecer llegarán por la carretera principal de Lérida dos regimientos franceses procedentes de la frontera. Vienen en calidad de tropas de refresco para ayudar a Suchet en su postrer asalto a la ciudad sitiada. Si estas tropas consiguen arribar a su destino, Lérida está perdida. Mi misión consiste en impedir que continúen su camino por la carretera principal y conseguir que prosi-

gan su ruta por el atajo de la Cruz Verde. Tú ya conoces el desfiladero de la Cruz Verde. A ambos lados del paso, situados en las alturas, estarán los nuestros. Pasarán los franceses y entonces desde arriba... ¿comprendes?

—Bien. Y, ¿cómo te las arreglarás para que las franceses pasen por donde tú quieres?

—Me fingiré desertor de las filas patriotas y me ofreceré como guía por un poco de dinero. Haré por convencerles de que la carretera está vigilada por tropas españolas y que por lo contrario el desfiladero está libre de obstáculos. Pero antes...

—...¿Qué, Borrell?

En la voz de don Juan había un temblor extraño.

Borrell, impetuoso y decidido, contestó:

—Juan; en esta hazaña puedo dejar la vida. Tú lo sabes. Y quisiera saber... Juan, ya sabes que entre tu hermana y yo... ¡La quiero con toda mi alma desde el día



en que la vi por primera vez y ya sabes los años que han pasado desde entonces! ¿Juan, si vuelvo me la darás, verdad?

Don Juan Pons se había puesto en pie. Dos lagrimones surcaban la piel reseca de su rostro enérgico:

—¡No, Borrell, no puedo dártela. No será tuya mientras yo viva!

La faz del muchacho palideció horriblemente. Apoyó las espaldas contra la pared y con voz apagada preguntó:

—¿Por qué razón, Juan? ¿Por qué razón? ¿Acaso un Borrell no te parece suficiente para una Pons de Salarich?

—¡Basta! ¡Basta! No puedo dártela, Borrell; eso es todo. Y luego, bajando la voz, murmuró angustiado:

—...No es digna de ti.

Borrell tornóse lívido.

Agarró por los hombros al señor de Salarich y sacudiéndolo violentamente, gritó:

—¿Qué es lo que has dicho, Juan Pons? ¿Qué es lo que has dicho?

—El señor de Salarich se liberó de las manos del muchacho con gesto cansado. Se dejó caer en el banco donde

antes estuvieran sentados. Fija la mirada en las baldosas del suelo, explicó lentamente:

—¡Borrell, por lo que tú más quieras, no me tortures en vano! ¡No me obligues a pronunciar palabras que desgarran el corazón! No me pidas que te cuente...

—¡Pero yo quiero saber! ¡¡¡Necesito saber!!!

La cabeza de Juan Pons pareció humillarse más y más. —Como tú quieras —susurró resignado—. Contame mas no me exijas detalles ni te ofenda mi brevedad. Escucha, Borrell. Hace dos semanas pasó por aquí, camino de Lérida, un destacamento francés. La soldadesca venía enardecida. En el Valle de la Caridad, una guerrilla patriota había atacado, consiguiendo hacerles varias bajas. Venían furiosos, prestos a saciar su apetito de venganza en la primera ocasión que se les presentase. Esa ocasión fuimos nosotros, Borrell. Saquearon mi casa de arriba a abajo; incendiaron el ganado; incendiaron los pajares y se llevaron todo lo bueno que pudieron encontrar en el «Mas. Me quitaron todo...

Un enorme sollozo ahogó las palabras de don Juan.

—...Y en la persona de María de la Soledad me arrebataron lo poco que me quedaba... ¡¡el honor, Borrell!! Yo estaba en el campo cuando acaeció el hecho. A mi retorno me encontré con la tragedia. María de la Soledad tirada en el suelo del portal, manchada de barro las mejillas, revuelto el pelo y dos gotas de sangre brillando en la blanca tersa de la frente. No pude matarla, aunque quizá debí de hacerlo. Ella no se quitó la vida, porque hay un Dios que nos la dió y a quien debemos tornarla el día que nos la pida...

El tiempo parecía haberse parado. Un moscardón zumbaba, golpeándose las antenas contra el cristal de la ventana. Fuera, en el campo, comenzaba a llover.

—Vete, hijo. Déjanos vivir solitarios, con el alma hecha jirones, lejos de un mundo que pudiera avergonzarnos. María de la Soledad ha muerto para nosotros. Ya no puedes quererla. Ya no debes quererla. Sólo te queda, ¡pobre ilusión!, el respetarla. Es un cadáver que sólo a eso aspira...

Borrell, blanco como un papel, trémulo y desesperado, se abrazó a don Juan Pons. Con voz opaca, le dijo temblando:

—¡Adiós, Juan! Si alguien te pregunta por mí, dile que me mataron los franceses en el paso de la Cruz Verde.

No es la voz de don Juan Pons la que contesta ahora a Borrell el guerrillero. Es la voz de María de la Soledad. Lejana, rota, imperiosa, fanática. Pronuncia María de la Soledad las palabras en un tono monótono que no admite concesiones. Habla sin premura, meditando y pesando cada palabra.

—¡No, Borrell! No serás tú quien vaya a hacerse matar en el paso de la Cruz Verde. Iré yo. Quiero vengar mi muerte... ¡y a eso no os podéis oponer vosotros!

Don Juan Pons y Borrell se miran horrorizados. María de la Soledad los contempla desde lo alto de la escalera, lívida, impresa en el rostro esa palidez transparente que sólo tienen los muertos. En las manos lleva una bandeja y en ella un porrón de vino rojo. En un plato un queso de cabra. Al lado, una hogaza de pan moreno. Baja las escaleras, rígida, maquina, perdida la mirada en el recuerdo espantoso.

Llega abajo. Pone la bandeja sobre la mesa vecina a los rescoldos del «llar» apagado, y dice:

—Come y bebe, Borrell; debes de estar cansado...

Un capitán francés —Maurice de Lalande, dicen las crónicas que se llamó—, camina canturreando al frente de su compañía.

Van hacia Lérida.

Junto al capitán marca el paso un tenientillo pálido y a todas luces fatigado por la larga caminata.

Y la carretera real se hace larga, monótona, interminable...

Un recodo.

Al pie de un árbol una mujer que descansa junto a una cesta llena de frutas.

Al francés se le encienden los ojos.

—«Cré nom de Dieu! La belle fille!»

Párase el oficial junto a la muchacha, y con él su compañía.

Se pone ella en pie, recoge su cesta e intenta internarse en el bosque que linda su verdor obscuro con el polvo gris de la carretera.

El capitán Maurice de Lalande la detiene, cogiéndola por un brazo:

—¿A dónde vas, hermosa?

La mujer se ha libertado de un tirón.

Entre dientes, responde:

—A Lérida.

—Sonríe complacido el francés.

—¿A Lérida, dices? Pues acompáñanos entonces, querida mía. Llevamos parejo el camino.

La mujer ha sonreído. ¿Puede llamarse sonrisa al fugaz resplandor que ha animado levemente sus pupilas mientras sus labios se entreabrieran?

—No es posible, señor capitán. No es cierto que lle-

(Acaba en la página anterior)

KURSAAL

EXITO DEFINITIVO DE

LESLIE HOWARD • INGRID BERGMAN

EN

INTERMEZZO

DISTRIBUCIÓN CHAMARTIN